

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 786.



EL HAMBRE EN ARGELIA. — El arzobispo de Argel recogiendo huérfanos en el palacio episcopal.

SUMARIO

El Hambre; grabado. — **Estudios literarios.** — **El Cuerpo legislativo francés;** grabados. — **Revista de París.** — **Poesía.** — **Ecos de Madrid.** — **Los grandes establecimientos de la marina imperial;** grabados. — **Los Espectros.** — **El Canario.** — **El ave de rapiña y la ardilla;** grabado. — **Teodoro Rousseau;** grabado. — **Los vinos de Burdeos;** grabados. — **Debe y haber.** — **Problemas de ajedrez;** grabado.

El Hambre.

¡El hambre! Tal es el grito fatídico que resuena en varios países de Europa. Nuestra civilización tan orgullosa de sí misma ha llegado hoy a una situación que rara vez se encuentra sino en los pueblos bárbaros. En Irlanda, en Suecia, en Rusia, en Prusia, en Turquía y en Argelia, hay comarcas donde las poblaciones se mueren de hambre. Pero de todas estas regiones la que padece más es la Argelia. Los desdichados árabes mueren a miles en las cavernas, a lo largo de los caminos y a las puertas de los pueblos. Un corresponsal nos dice que entre el cólera y el hambre habrán arrebatado a la población árabe quinientas mil personas.

El señor arzobispo de Argel acaba de dirigir un llamamiento a la caridad en favor de las víctimas, y de la carta escrita con este motivo por el prelado, tomamos los dolorosos pormenores que siguen:

« El mal se extiende cada día más y adquiere proporciones más aflictivas. No creo que me sea permitido callar más tiempo. El hambre con todos sus horrores está diezmando la población indígena que tantos estragos ha sufrido con el cólera. Dos años de sequía, la invasión de la langosta han agotado todos sus recursos.

» Meses hace que gran número de árabes tienen por único alimento la yerba de los campos ó las hojas de los árboles que ramonean como los animales, y ahora con un invierno más rigoroso que de costumbre, sus cuerpos extenuados no pueden resistir ya y se mueren de hambre.

» Se les ve casi desnudos, mal cubiertos con algunos harapos, errantes por los caminos a bandadas, de donde ha sido menester conducirlos, para evitar desórdenes de toda especie. Se les ve acechando los carros que sacan las inmundicias para disputárselas y devorarlas. Nada les repugna. Hasta desentierran, para comerlos, los animales muertos de enfermedad. Se apoderan de los de nuestros colonos, que se ven precisados a defender sus alquerías con las armas en la mano.

» Cosa horrorosa de decir y más horrorosa de ver, cada mañana se encuentran cadáveres en los caminos y los campos, muertos de inanición; se han encontrado hasta seis, ocho, diez y doce juntos, tendidos unos al lado de otros. Nuestros diarios de Argel están llenos de relaciones lúgubres. Estos infelices, desprovistos de todo, demuestran sin embargo un valor, una resignación feroz que serían verdaderamente admirables, si fueran inspirados por un sentimiento cristiano y si no nacieran de su triste fatalismo musulmán, que es la primera causa de sus males, pues impide que tengan la menor previsión.

» Cuando sienten que se acerca la muerte lenta y horrorosa que produce el hambre, no se quejan ni se rebelan: se tienden en el suelo en la orilla de algún camino, se cubren con sus harapos, se tapan la cara y esperan su última hora murmurando el nombre de ¡Allah!

» Así han muerto del cólera durante todo este verano; así es como mueren ahora de hambre, segados por estas plagas, como las mieses por la mano del segador.

» Cálculos que no son exagerados hacen subir hasta cerca de cien mil el número de las víctimas en estos seis últimos meses. Júzguese cuál será el número de las viudas, de los huérfanos y de los ancianos que se han quedado sin recursos.

» Estos desdichados se presentan en grandes grupos en los patios de las alquerías y en las puertas de las ciudades. Se recogen los niños en los caminos, a veces colgados aun del cuello de sus madres muertas, y a veces también moribundos ellos mismos.

» Me han traído algunos a quienes he adoptado, y el señor obispo de Oran me escribía antes de ayer que también a él se los han llevado.

» Me decía que cerca de él, como cerca de mí, se mueren de hambre, y sé además que la miseria no es menor en la provincia de Constantina.

» En estas tristes circunstancias el gobierno de la Argelia cumple admirablemente con su deber. Propone trabajo a todos los hombres válidos, y lo habrá para todos. Un socorro extraordinario para las viudas y los huérfanos ha sido también pedido al Cuerpo legislativo y será concedido indudablemente.

» Pero este socorro no será de seguro suficiente, sobre todo para los huérfanos que se trata de adoptar y educar. Para ellos pues, para esos pobres niños, solicito la caridad de las almas cristianas y generosas.»

Sin duda alguna la caridad hace prodigios, y en este número reproducimos el tierno é interesante espectáculo de una de las escenas más consoladoras que hemos hallado entre las relaciones de tantas desgracias. Es el acto de adopción de unos pobres muchachos ma-

hometanos, cumplido por el señor arzobispo de Argel. Pero todos los esfuerzos de las almas caritativas son impotentes ante tamañas desgracias, y los 400,000 francos votados por el Cuerpo legislativo no podrán tampoco cambiar una situación que es intolerable. A nuestro juicio se necesitan medidas más eficaces. H. C.

Estudios literarios.

ZACARIAS WERNER.

(Conclusion.)

Desgraciados; no pueden huir de sí mismos, y solo a su dolor deben el matiz ardiente y sobrenatural con que se coloran sus desvarios, reflejo del incendio, huella de sus mas acerbos quebrantos. El mundo, al admirar aquella tinta abrasadora sembrada en sus escritos, no sabe cuánto ha costado a sus autores.

Cuando Werner estuvo bien persuadido de que las acciones ordinarias de la vida no eran propias para él y que su conducta práctica sería siempre violenta y desdichada, se arrojó al dominio de la metafísica y del ascetismo, perdiéndose por regiones sin límites y sin senda abierta para olvidarse a sí mismo.

A pocas leguas de Varsovia, en lo más retirado de una selva frondosa, cuyas raíces riega el Vístula, se oculta un convento de Camandulenses, sujetos a una disciplina que iguala en severidad al rigor tan conocido de los frailes de la Trapa.

Werner, empleado a la sazón como secretario del gabinete por el gobierno prusiano, y saciado de aquellos placeres sensuales que no dejan en el alma más que pesar y vacío, solía visitar todos los sábados por la tarde, en el verano del año de 1800, la abadía de Bielany, que así se llamaba el convento. Acompañábale un amigo, y después de haber orado en la iglesia del convento, andaban errantes por el bosque ó se paseaban por el Vístula en una barquilla, sirviéndoles de abrigo una tienda que ellos mismos armaban.

En estos paseos se desarrollaba gradualmente la exaltación mística de Werner, y agitado por todas las inspiraciones de doctrinas opuestas, las discutía a su gusto con su amigo bajo la bóveda del cielo y de los árboles.

Conocía que no le quedaba más que este goce, y que el resto de la existencia yacía marchito para él; y él aplicaba a su nueva pasión por el espiritualismo todo ardor de temperamento é inteligencia con que le dotara la naturaleza.

Incapaz de formarse un sistema lógico ó de seguir detenidamente sus deducciones rigurosas, mezclaba y confundía todas las teorías escépticas y panteístas con una extraña sutileza, que disfrazaba hasta cierto punto la incoherencia de sus razones.

¿Quién pudiera imaginarse que el resultado de todas estas controversias y meditaciones fuese un drama? estábale reservado a Werner abrazar a la vez todos los elementos y extremos. Lo que Jacobo Boehme y Swedenborg hubieran redactado en términos místicos, Werner lo trasformó en tragedia.

Los *Hijos del Valle*, drama en dos partes, seis actos y dos tomos, vino a ser el fruto de aquellos coloquios sobre el mundo, la naturaleza, Dios, el alma, el símbolo, los ángeles, la muerte y la inmortalidad.

Más adelante se verá qué increíble especie de monstruo dramático abortó tan extraordinaria elaboración.

Por lo demás, Werner hubiera desechado con desprecio la idea de confundirse con los poetas de teatro. Había concebido su tragedia en medio de bosques y peñascos, y cual otro Pitágoras, había discutido sus opiniones filosóficas pisando la arena de la playa. Se creía el vate, el profeta, el revelador sagrado de los enigmas de la naturaleza.

El talento poético era para él un medio de descubrir los grandes misterios de su fe, y en su nuevo convencimiento, miraba sus escritos como el rayo luminoso que debía sacar a los hombres de su letargo. El protestantismo debía desaparecer ante aquella luz, el catolicismo quedar reducido a la nada, y Schelegel, Tieck y Goethe iban a ser inevitablemente sus adeptos. Otro Mesías iba a regenerar el mundo.

¿Cuál es empero ese nuevo tipo religioso? Si escuchais al apóstol, sus confusas y místicas palabras os herirán con una vaga armonía sin sentido alguno. *He dejado*, dice Werner, *el pensamiento de ser uno y algo, y quiero no ser nada para serlo todo.*

Si después de desvanecida la primera impresión de menosprecio que causa este lenguaje geroglífico, hijo en gran parte de un charlatanismo repugnante, tratáis de levantar el velo, conoceréis que no es nuevo el fundamento de la doctrina de Werner.

Prende destruir la individualidad humana y absorber su unidad, necesariamente egoísta, en el seno del gran Todo. Platon, los Bracmanes y una parte de los panteístas griegos profesaban el mismo sistema. Hasta el catolicismo se ha empapado en él, y de aquí esas teorías de abnegación, ese desprendimiento del mundo, esa necesidad de encumbrarse hasta el origen de los seres para sumergirse en el océano del amor puro. Fenelon y los quietistas se han aproximado a este principio, y los estoicos pretendían también sumergir el yo en la idea, esto es, aventar el egoísmo ante el pensamiento universal, borrar al hombre de la tierra como

individuo y trasformar nuestra especie en una mole ideal, precipitándose mancomunadamente hacia Dios. Según todos estos filósofos, la utilidad y la dicha no son los objetos que debemos apetecer y buscar en este mundo.

Es preciso ahogar nuestros pensamientos, olvidar nuestros deleites, desatender nuestras amistades, en una palabra, desapropiarnos de todo, de nuestro cuerpo, de nuestra alma, de nuestro albedrío, de nuestras inclinaciones y de nuestras virtudes.

Apurad hasta el fondo este sistema que destruye al hombre real y lo sacrifica, y vereis que hasta la virtud llega a ser delito, si tiene por blanco y premio deseado la retribución divina. Ni aun debemos creer en la inmortalidad del alma.

Los impulsos de nuestros sentidos son impulsos viciosos; nuestro amor a la vista es un error; tener apego a la existencia es tenerlo a los placeres que ofrece, es una personalidad culpable, es olvidar a Dios, desconocer el Todo que nos ha criado y ofender la esencia suprema, sin la cual nada somos y en cuyo seno volvemos a Dios.

Los vínculos de la sociedad civil se disuelven, una apatía universal embarga al género humano, el mundo se aletarga en una beatitud de adoración infinita; tales son los resultados a que viene a parar necesariamente el misticismo de Werner, tal el dogma insensato que quiso hacer tremolar por Schlegel y Tieck, la base de su gran drama y el himno cantado por este poeta.

En el delirio de su errante pensamiento, Werner era el juguete de sí mismo; no trataba de engañar al mundo, creía ilustrarle; misionero desinteresado, aventajaba por lo menos en esto a la mayor parte de los fundadores de propagandas. Su buena fe disculpaba su locura.

Viudo de dos mujeres vivas, se casó con una tercera, polaca de extraordinaria hermosura, pero sin bienes de fortuna. El no entendía una palabra de polaco, y ella ignoraba el alemán; sin embargo, se entendieron, y el espiritualista, lleno de deudas, se encargó de una mujer cuyos atractivos formaban su única dote. Apenas había contraído este enlace, cuando perdió a su madre. Grato es encontrar en una existencia tan poco laudable, un deber cumplido, un afecto real, profundo y sensato, una sincera y noble inclinación.

Sentado Werner a la cabecera del lecho de aquella madre desgraciada, borró con su conducta parte de las culpas de que había sembrado sus tristes días. La agonia de la indigencia, de la locura y del infortunio fué mitigada por el poeta; tiempo, trabajo, pensamientos, todo se lo dedicó a su madre; aquel corazón ajado con tantos errores se reanimó a la voz del deber. Dios no había criado a Werner para hacer un uso tan fatal de sus facultades; abundaba en sentimientos generosos, pero este tesoro, depuesto en una organización delirante, se vertió como el licor precioso que no puede contener un vaso hendido. Disipó aquella noble opulencia del espíritu y del alma; avergonzado de su propia desolación, consolóse con su sincero amor a su madre.

A ella se referían sus pensamientos y se precipitaba su entusiasmo acendrado. En medio de sus tareas, de su dolor y remordimientos, el recuerdo de su madre le proporcionaba momentos de paz y de esperanza.

Dedicóla una de sus mejores tragedias, titulada la *Madre de los Macabeos*, y nada cabe tan tierno como esta dedicatoria a una sombra; sus acentos penetran profundamente el corazón.

Espiró el 24 de febrero, fecha fúnebre que eligió Werner para título de la más lúgubre de sus piezas, y en todos sus escritos se reconoce la impresión indeleble que este acontecimiento causó en su ánimo (1). He aquí

(1) Véase lo que dice madama de Stael acerca de esta obra singular, en la cual un gran talento hace vibrar las cuerdas más tristes del corazón.

He visto representar una pieza compuesta por Werner, titulada «El 24 de Febrero,» acerca de la cual deben ser muy varias las opiniones. El autor supone que había en las soledades de Suiza una familia de aldeanos que había cometido los crímenes más horrendos y a quien acosaba la maldición paterna de padre a hijo. La tercera generación maldita presenta el espectáculo de un hombre que ha causado la muerte de su padre ultrajándole; el hijo de este desgraciado, llamado Kurt, mató cuando niño a su propia hermana con un juego cruel, pero sin saber lo que hacía, desapareciendo tras este terrible acontecimiento. Desde entonces los trabajos del padre parricida, llamado Kuntz, han experimentado toda clase de desgracias; sus campos se han esterilizado, sus ganados han perecido; perseguido de la más espantosa pobreza, sus acreedores amenazan apoderarse de su choza y encerrarle en una cárcel; su mujer va a encontrarse sola errante en medio de las nieves de los Alpes. De repente el hijo ausente llega animado de sentimientos gratos y religiosos. Vuelve a casa de su padre, y siéndole desconocido, quiere ocultar su nombre para grangearse su afecto antes de llamarse hijo suyo; pero la miseria provoca la codicia del padre y le hace desear el dinero que lleva consigo aquel huésped que le parece un extranjero vagabundo y sospechoso; y cuando dan las doce de la noche del 24 de febrero, aniversario de la maldición paterna que se ha desplomado sobre toda la familia, clava un cuchillo en el pecho de su hijo. Este descubre al espirar su secreto al hombre doblemente culpable, asesino de su padre y de su hijo, y el desgraciado va a entregarse al tribunal que ha de sentenciarle.

Estas situaciones son terribles, y no hay duda que producen grandísimo efecto: sin embargo, más es de admirar el color poético de esta pieza y la gradación de los motivos sacados de las pasiones que el asunto en que está fundada. Trasladar el destino aciago de la familia de los Atridas a

la descripción que, en una carta á Hitzig, hace el mismo Werner sobre la impresión que le causó aquel acontecimiento :

— Dios me ha herido en el corazón con un martillo de bronce. Ha muerto mi madre el 24 de febrero, aniversario del día en que mi amigo Mnisch exhaló el postrer suspiro. ¡Con qué ojos de compasión he mirado mi poesía y mis *Hijos del Valle* de que me gloribia, cuando he querido tomar parte en la comunión de los cristianos. ¡Madre mía! ¡Qué poesía vale ese poder del alma que le ha hecho soportar siete años de martirio y agonía sin quejarse! ¡Qué angustias pueden compararse con las que he sentido! ¡Cuán duramente se desplomaron sobre mi alma los yerros de mi juventud! ¡Qué no daría yo por volver á poseer mi madre y espiar mis errores! Mi corazón lleno de lágrimas procura en vano consolarse; los muertos no vuelven á despertarse, las faltas ya no se borran, lo pasado es eterno é irreparable. ¡Dios y nuestra madre, hé aquí lo que debiera ocuparnos ante todo; lo demás es ruin y secundario! ¡Harto tiempo me ha embargado!

A pesar de esta solemne lección, no mudó Werner de conducta. Volvió á Varsovia, donde contrajo amistad con Hoffmann é Hitzig, testigos de sus continuas extravagancias, que el primero no tenía ningún derecho para afearle.

La capital de Polonia debía preñar la imaginación fantástica de Werner por las contraposiciones que encierra. La opulencia y la pobreza se tocan; todo allí es brillante ó asqueroso; no se ven mas que andrajos y lujo, símbolo muy exacto del genio complejo y extraño que hemos tratado de describir.

Imagínate una ciudad extraña en lenguaje como en edificios y costumbres, calles anchas, palacios á la italiana, largas columnatas, y al lado unas chozas parecidas al *wigwan* de los salvajes; la pompa del Asia junto al desaseo de los esquimales; nada de homogéneo, fijo ni completo; una mojiganga pintoresca, un torbellino eterno; frailes de todos colores y de todas órdenes; monjas católicas y griegas; una población de israelitas barbudos; enjambres de jóvenes polacas brillantes de hermosura y matizadas de todos colores; el antiguo noble sármata con caftán y alfange, botas amarillas y faja nacional; los mozos vestidos como los lechuginos de París; franceses, turcos, griegos, rusos é italianos, teatros franceses, italianos, polacos y alemanes; muchas compañías de buenos actores; una feria perpétua establecida en medio de la ciudad; bailes y diversiones durante todo el año; coches elegantes que cruzan las plazas públicas llenas de mendigos; pobres que dicen la buena ventura, teatros ambulantes; hé aquí un exacto bosquejo de esta Venecia del Norte.

¡Cuántos recursos encierra semejante ciudad para una imaginación ardiente, afanada por espectáculos extraños, escenas variables é impresiones volanderas! ¡Qué poderoso atractivo para aquellos hombres que se dejan arrastrar por el impulso del momento, y que nunca se rebelan contra la seducción del placer!

De esta clase era Hoffman y Werner, y así dilataron su residencia en Varsovia cuanto pudieron. Sus genios eran muy parecidos para no chocar uno con otro; pero arrojados en medio de una sociedad bulliciosa y animada, no tenían tiempo para aborrecerse.

El fantástico Hoffmann se burlaba á veces de su compañero; asistiendo un día á la lectura de la *Cruz sobre el Báltico*, interrumpió, en el primer verso, la declamación del poeta con un chiste agudo cuyo recuerdo ha conservado él mismo en una de sus extrañas producciones.

Werner estaba en medio del salón, con el rostro contraído, el cuello tendido y la boca forzada con una sonrisa que le era peculiar; tenía delante una mesita sobre la que ardían dos velas.

Hacia el fondo de la sala, llena de literatos alemanes

hombres de la plebe, es acercar demasiado á los espectadores el cuadro de los delitos. El lustre de una clase encumbrada y la distancia de los siglos dan á la misma perversidad una especie de grandeza que se hermana mas con lo ideal de las artes; pero cuando se ve un cuchillo en vez de un puñal; cuando el sitio, las costumbres y los personajes pueden encontrarse á vuestra vista, os amedrentais como en un aposento oscuro, y el espanto que sentís no tiene aquella nobleza que es propia de la tragedia.

Sin embargo, aquel poder de la maldición paterna, que parece representar á la Providencia sobre la tierra, conmueve fuertemente el alma. La fatalidad de los antiguos es un antojo del destino; pero la fatalidad en el cristianismo es una verdad moral bajo una forma espantosa. Cuando el hombre no cede al remordimiento, la agitación misma que le causa este remordimiento le precipita en nuevos crímenes; la conciencia rechazada se transforma en un fantasma que turba la razón.

La mujer del aldeano criminal, llamada Truda, es perseguida por el recuerdo de un romance que cuenta un paricidio, y sola, durante su sueño, no puede dejar de repetirle en voz baja como aquellos pensamientos confusos é involuntarios cuya funesta repetición parece un íntimo pre-sagio de la suerte.

Se ha tildado á Werner el poner en sus tragedias situaciones mas adecuadas para las bellezas líricas que para el desarrollo de las pasiones teatrales. En la pieza *el 24 de Febrero* se echa de ver un defecto contrario. El asunto de esta pieza y las costumbres que representa se aproximan tanto á la verdad, y á una verdad atroz, que no debiera tener cabida en el círculo de las bellas artes, que están colocadas entre el cielo y la tierra, y el hermoso talento de Werner se levanta á veces, y otras baja mas allá de la región que no deben traspasar las ficciones.

y polacos, estaba acurrucado Hoffmann con su fisonomía de gato y su aspecto burlon.

Empieza Werner la lectura, y al describir el lugar de la escena, prorrumpe con esta invocación de los prusianos á su dios salvaje: ¡Bangputtis! ¡Bangputtis! ¡Bangputtis!

Los circunstantes, sorprendidos, se miran unos á otros: Werner repite su terrible invocación, y al punto se oye la voz aguda de Hoffmann á manera de silbido, que grita desde el rincón donde estaba oculto.

— ¡Amigo! ¡querido amigo! ¡poeta! ¡criador! ¿Están escritos los cinco actos de tu pieza en ese lenguaje diabólico? Si es así, ¡en nombre de Satanás que te la ha dictado, pon el texto á un lado y léeros la traducción!

Esta exhortación amistosa hizo prorumpir en repetidas carcajadas, y Werner no se atrevió á proseguir. A pesar de este prólogo bárbaro, no cabe duda que la *Cruz sobre el Báltico* es una prueba de gran talento. Werner ha escogido una época salvaje y remota, personajes semi-fabulosos, caracteres feroces y místicos, en armonía con sus ideas y su talento. Un crepúsculo espantoso domina la escena: la civilización cristiana lucha con el paganismo agreste.

No sin pavor y terror se ve aparecer la cruz de madera elevándose gigante y conquistando las rocas seculares; los dioses antiguos de los bosques, montes y valles oponiendo su feroz poderío á los primeros destellos emanados del signo de la Redención; y la pujanza titánica de aquellos pueblos retrocediendo, digámoslo así, ante el progreso de la nueva fe.

Cuanta mas solemnidad y misticismo hay en el acento del poeta, mas llena su objeto; al través del claro oscuro de su pensamiento se perciben, no sin espanto, todas aquellas inmensas figuras, el austero celo de los apóstoles y el bárbaro fanatismo de los indígenas. Sobre este espectáculo sangriento se levanta una aureola lejana y semiborrada, la esperanza celeste y la pureza del cristianismo.

Algunas piezas de Calderon ofrecen iguales bellezas unidas á una dicción mas florida, un primor mas continuo y una elocuencia mas sencilla. Pero se halla en esta obra (cosa poco comun en las de Werner) un interés, un plan y una fábula, que en nuestro concepto la hacen superior á *Martín Lutero* y á muchos dramas del mismo autor, adoptados por el antojo del público ó la sutileza de los críticos.

Lutero ó la Consagración de la fuerza se empezó en Varsovia y continuó en Berlin, donde Werner habitó en 1807. Entonces se abrió para él una carrera mas brillante, pero no mas próspera.

El misticismo y la francmasonería han conquistado adeptos en Alemania entre los diplomáticos y los estadistas mas sobresalientes. Von Schrotter, ministro de Estado, sorprendido de la semejanza de las ideas de Werner con las suyas, le nombró su secretario y poco tiempo despues de esta promoción, el drama de *Lutero*, representado en Berlin, alcanzó suma aceptación. Aquella época rebosó para el poeta de triunfo y de bienestar; pero inhábil para aprovecharse de ella, ó mejor diremos, incapaz de sabiduría y cordura, se dejó embriagar por el doble prestigio de esta nueva situación que influyó aciagamente en su porvenir.

Por la primera vez vióse rodeado el poeta de una sociedad activa, grave y erudita. Cada uno de los actores que se movían al rededor de Werner en Berlin ejercía una acción decisiva sobre el mundo positivo ó el imaginario. Contábanse entre ellos Juan de Muller y el metafísico Fichte, y Werner se veía colocado dentro de un círculo donde preponderaban y estaban en pugna incesante las fuerzas de la inteligencia.

Pero el pobre Werner no alcanzaba los móviles sutiles que dan impulso á la máquina social. Extraño en los salones, donde era admitido por su talento, y de donde hubieran debido desterrarle sus costumbres, solo adquirió de ellos la afición al lujo, y su vida disipada vino á ser mas extravagante que nunca.

Elegió sus amigos entre los alegres camaradas de bastidores ó de juego; pasaron sus días en un perpétuo banquete: se separó de su mujer y se halló marido de tres viudas á quienes alternativamente habia abandonado. Los vapores del vino sofocaban su ingenio sin librarle del remordimiento.

— Mi mujer está inocente (decía á Hitzig, hablándole de la joven polaca, objeto de un pasajero entusiasmo y víctima de su abandono); nunca hubiera sido feliz conmigo; yo soy el culpable y le hago un favor en separarme de ella. Dios, que me ha dado fuerza para ciertas cosas, me ha negado su gracia para otras. Soy impuro, gloton, sensual, caprichoso, fantástico é inquieto. Tú me conoces; mis placeres, ideas, locuras y manías me arrastran y arrebatan en su torbellino. ¡Qué existencia la de mi mujer! ¿de qué podía gozar? No hay duda, yo no habia nacido para casado.

Conclusión que no tiene réplica. La Alemania es quizá el único país del mundo donde las leyes, sin admitir la poligamia, la consentían, y pruébalo este ejemplo de un marido de tres consortes vivas y repudiadas.

Los años no calmaban la imaginación de Werner; la extrañeza de su misticismo iba á mas con los excesos y la edad. Los ejércitos franceses invadieron la Alemania, se apoderaron de Berlin y destituyeron las autoridades civiles; Werner desempleado y solo, se vió arrojado al océano del mundo, donde creía encontrar la dicha andando errante sin guía. Volvió á emprender sus viajes, y cual el judío vagabundo, de la tradición popular, anduvo predicando, bebiendo, escribiendo y perorando continuamente, siempre embriagado de amor celeste y

de otra embriaguez menos pura; convirtiendo á los unos y adoctrinando á los otros, fué admirado de algunos, compadecido de los hombres sensatos y escarnecido por los mas.

Pasó á Praga, Viena, Munich y Jena, y en diciembre de 1807 fué presentado á Goethe, y contempló la entrada triunfal de Napoleón: « dos tipos inmortales, dice Werner, el del conquistador y el del poeta. » En la cumbre del Riji, al despuntar la aurora, encontró al actual rey de Baviera, quien lo presentó á madama de Stael, « la mujer mas capaz de su siglo. » Se detuvo en Weimar y pasó á Italia.

Durante el curso de esta peregrinación desasosegada, compuso el *Veinte y cuatro de Febrero*, el *Atila* y la *Cunegunda*. El príncipe Dalberg, gran duque de Francfort, le habia asegurado una pensión vitalicia. Cansado de investigaciones místicas y metafísicas, de dudas, especulaciones, teosofía y protestantismo, no permitiéndole el estado de su salud continuar sus primeros excesos, solo le quedaba una cosa extraña por hacer, y la hizo.

La capital del mundo cristiano se ofreció á él como un asilo; lloró sobre los sepulcros de San Pedro y San Pablo y oró sobre el mármol del Vaticano. La majestad de las pompas católicas hirió su imaginación; cayó sobre él la bendición del sumo pontífice, y habiéndose convertido al catolicismo, fué en peregrinación á nuestra Señora de Loreto, recibió las órdenes de mano del príncipe Dalberg, y empezó sus predicaciones.

Curioso era por cierto oír á aquel extraño predicador; su elocuencia poética, los restos de sus antiguos sistemas que se barajaban con su nueva creencia, su exterior grotesco y su pronunciación extraña atraían en torno suyo numerosos oyentes, mas dispuestos á burlarse de sus conatos que á edificarse con sus lecciones.

Hizo retumbar el púlpito con sus profesiones de fe en Viena, Estiria, Carintia y Venecia. La *Madre de los Macabeos* fué el último parto de su musa, obra lúgubre en que se descubre la inspiración del mártir mezclada con cierta sensibilidad histérica y convulsiva cuyo efecto es cruel y doloroso.

Acometióle la muerte el 17 de enero de 1822, despues de una existencia zozobrosa, y fué sepultado en Enzersdorf. Un epitafio sencillo, colocado sobre su sepulcro y compuesto por él mismo, ruega al viandante que ore caritativamente por la *pobre alma* de aquel que amó como María Magdalena, y cuyas faltas pueden tambien perdonarse. Legó al convento de Mariazell su pluma, principal instrumento de sus yerros.

Sin embargo, el nombre de Werner pasará á la posteridad con sus escritos; pero el que no haya estudiado su vida desastrosa no podrá juzgar al autor.

Su existencia no seguía ningún plan; sus obras no lo tienen, y ningún acto provechoso ha emanado de las prendas positivas de su corazón; las altas facultades de su inteligencia no sabían concentrarse en un solo punto ni acrisolarse para concurrir á la composición de una obra grande.

No sé si cabe belleza alguna que no asome en sus tragedias; en ellas se encuentran los colores de una rica imaginación, la elocuencia del sentimiento, escenas dramáticas, desahogos líricos, cuadros admirables, y á veces, especialmente en el *Atila*, una profunda pintura de los vicios y ridiculeces humanas; pero estas bellezas diseminadas carecen de enlace.

En una parte, como en los *Hijos del Valle*, se encuentra una alegoría incesante y pesada, cuyo sentido es imposible adivinar; en el *Veinte y cuatro de Febrero*, se echa de ver una aplicación cruel del fatalismo antiguo á la vida privada, á los crímenes y virtudes del pobre y del desgraciado; en el *Atila* y la *Madre de los Macabeos*, hay una miscelánea incoherente de los seres humanos con sus pasiones, y de los seres sobrenaturales rodeados de su aureola aérea, de los hechos de la historia con los conceptos del poeta. Por donde quiera reina la misma confusión, el propio desorden, el mismo caos.

Las mejores partes de las obras de Werner son seguramente aquellas en que no asoma el misticismo: sin embargo, solo se apreciaba bajo este punto de vista; se miraba como un Swedenborg dramático; y arrastrado por su imaginación hacia el mundo inmaterial, no solo trataba de reproducirlo en la escena, sino que pretendía explicarlo. Shakspeare ha hecho obrar y hablar espíritus, ángeles y silfos; les ha comunicado una vida real, una existencia probable.

Werner, al contrario, ha dado á sus personajes toda la vaporosa inmaterialidad de los sueños: sus personajes vivos parecen fantasmas; sus héroes carecen de lo que constituye la fuerza, el poder y la verdad. Ha introducido lo ideal y fantástico en sus pinturas mas positivas. Despues de haber vivido en el seno de una larga pesadilla, ha dado á su poesía el acento del sonambulismo.

No hay que culpar solamente la imaginación desenfrenada y las costumbres depravadas de Werner, pues su país le rodeaba de ejemplos peligrosos que le han perdido.

Nació en una época confusa y en un país donde están luchando todas las teorías en los espacios imaginarios. No es Werner el resumen de aquellas opiniones heterogéneas, sino su víctima. Incapaz de tomar un partido, de elegir una doctrina y de abrazar un género de vida razonable, juguete de sus pensamientos, arrastrado por tantas seducciones, frívolo á pesar de su profundidad, faltábale, como hombre y escritor, el gran móvil de las acciones grandiosas; la voluntad firme y constante.

EL
CUERPO LEGISLATIVO

FRANCÉS.

(Véase el núm. 785.)

Podría hacerse un interesantísimo estudio con este título: *Cómo se hace un hombre diputado*. Hé aquí algunos datos para ello.

Se necesitan al menos dos de estas tres condiciones: influencia, notoriedad, fortuna.

La condición indispensable es para la mayoría la adhesión, y para la oposición la notoriedad.

Del consejo general sale muy á menudo el diputado.

El diputado nace del elector y esta filiación tiene su lado molesto. Como el negro cuidado de Horacio, el recuerdo del elector camina en pos del diputado; asiste invisible y presente á todos sus actos; para él hablan y por él se callan; él va contando y examinando los votos y parece amenazar siempre con un fatal vengimiento.

La entrada en la cámara no es fácil y la salida es obra del tiempo.

El Cuerpo legislativo tiene también sus limbos donde flotan en el vago espacio aquellos que nacidos ya,

todavía no existen y que habiendo salido del escrutinio, esperan la aprobación de las actas.

Esta situación debe de ser muy desagradable, sobre todo cuando se prolonga y cuando el desenlace no es seguro. Suele suceder (el hecho ocurre actualmente) que la antesala dura meses enteros. Por lo común todo acaba bien: las comisiones son indulgentes; hoy

herir ni justas modestias ni justas vanidades. No obstante, sin comprometernos, podemos decir que Berryer, Rouher, Thiers y Jules Favre son oradores. Hace largo tiempo que gozan y con razón de esta fama.

El *especialista que habla* es generalmente un hombre distinguido en su especialidad y goza de cierta autoridad en su terreno. Ordinariamente le confían la impor-

por tí, mañana por mí, como dice el proverbio.

Dado este último paso, ya el diputado no necesita otra cosa que un noviciado mas ó menos largo para clasificarse.

Regla general, se clasifica al instante, á menos que haya cosas extraordinarias.

Las *clases* son numerosas y de apreciación delicada.

Sin embargo, pueden distinguirse las siguientes, esto sin multiplicarlas demasiado:

El diputado que habla sobre todo.

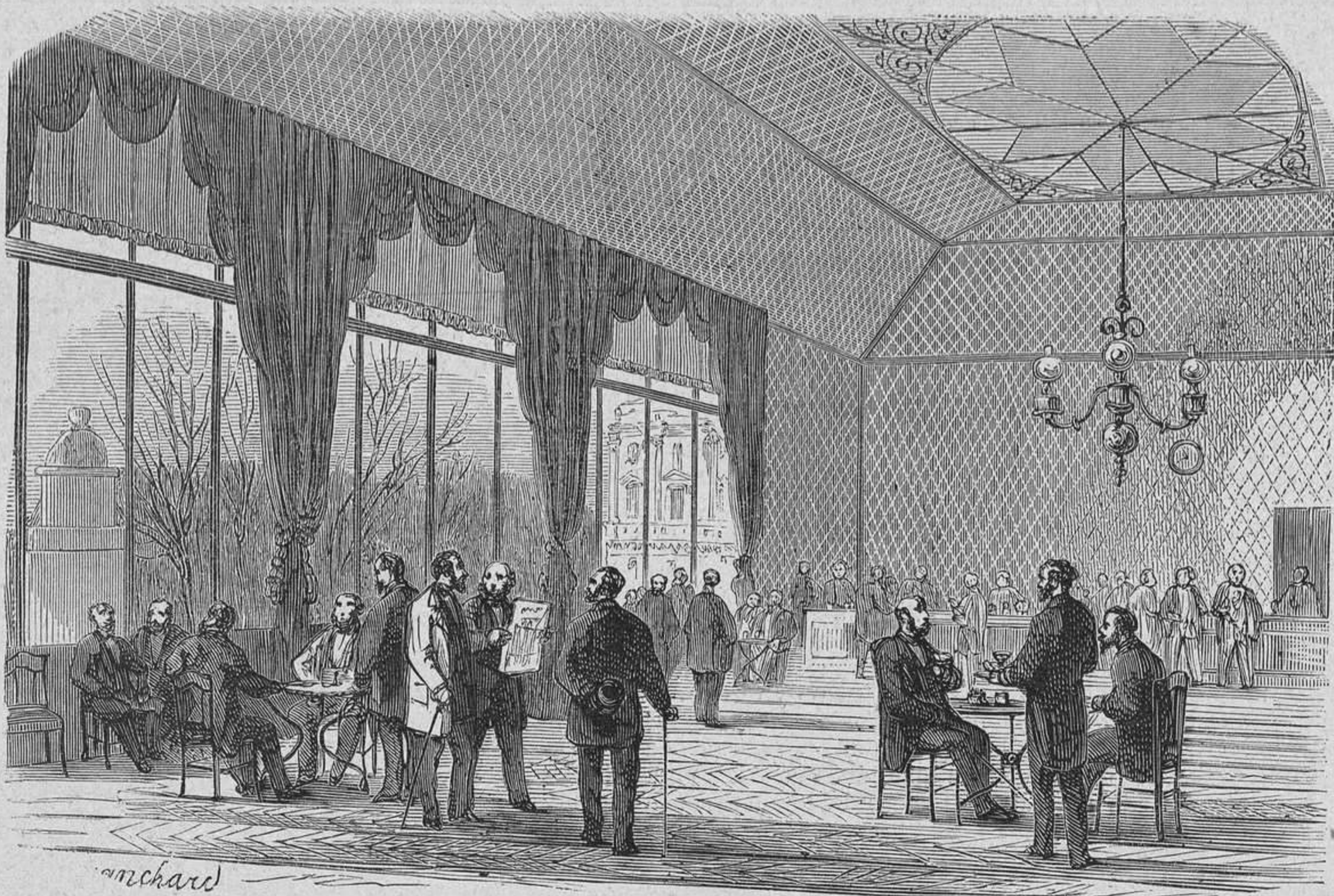
El diputado que habla sobre una ó varias cosas especiales.

El especialista que no habla, ó *hombre de negocios*.

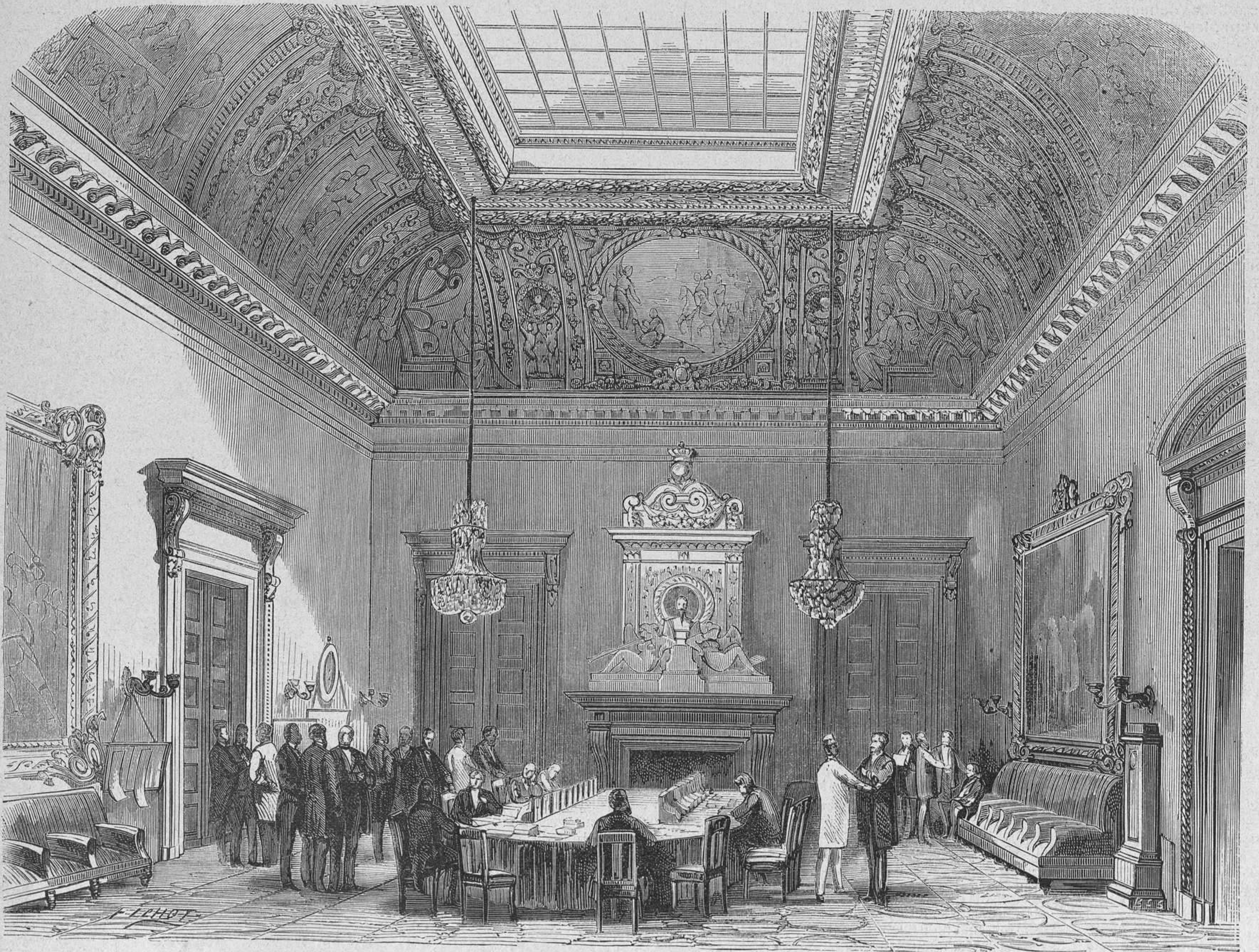
Finalmente, el diputado que vota.

El *diputado que habla sobre todo*. — Aquí hay dos divisiones: *oradores* y *abogados*. La segunda comprende mas individuos que la primera.

Fácilmente se concebirá que no pongamos nombres: nombrar es excluir, y no queremos



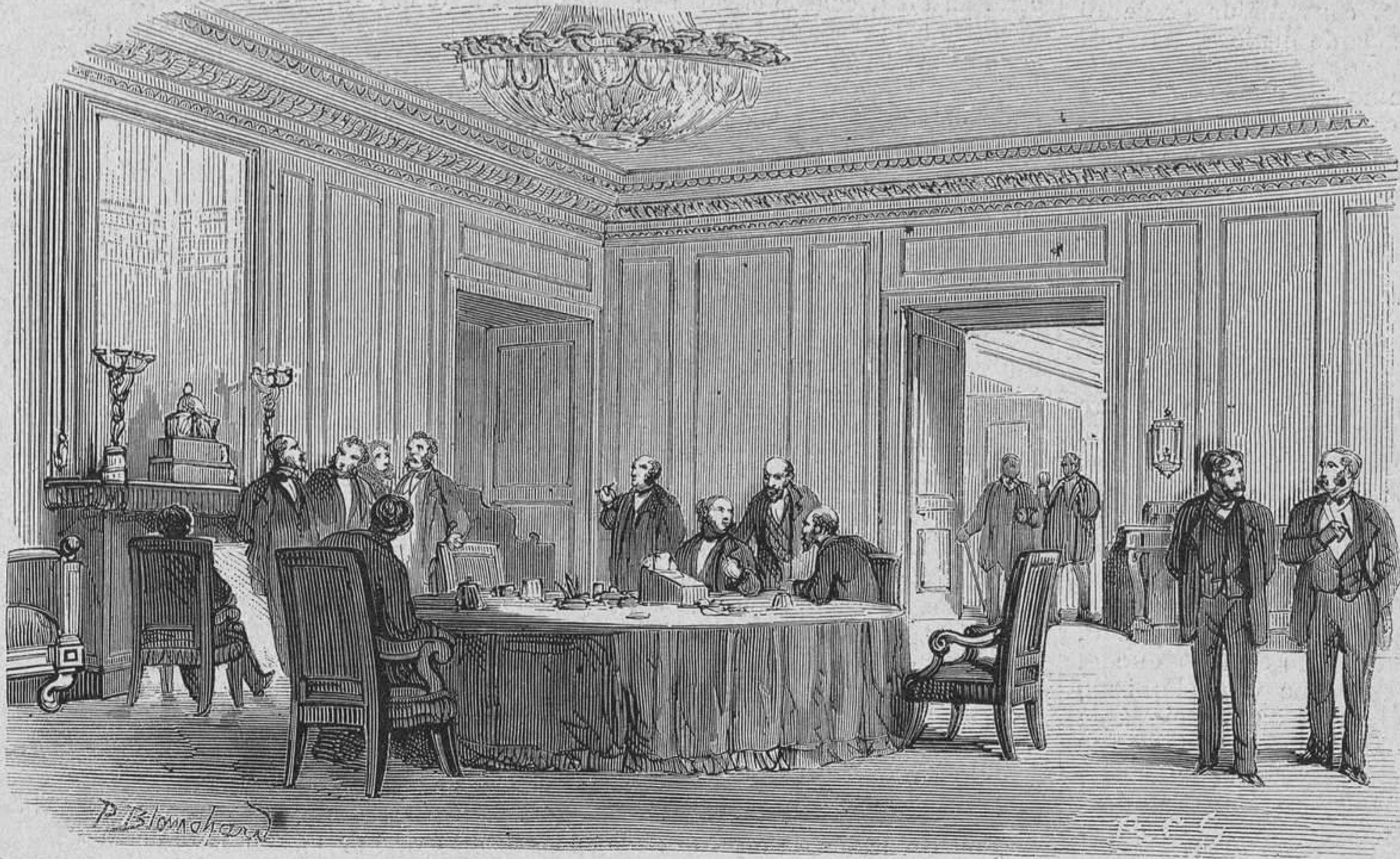
Palacio del Cuerpo legislativo. — La Buvette.



Sala de Conferencias.

tante funcion de relator de las secciones. Los hay que ellos solos hacen la ley. En suma, el especialista es un hombre precioso, y las cámaras que tienen muchos de ellos pueden hacer buenas leyes.

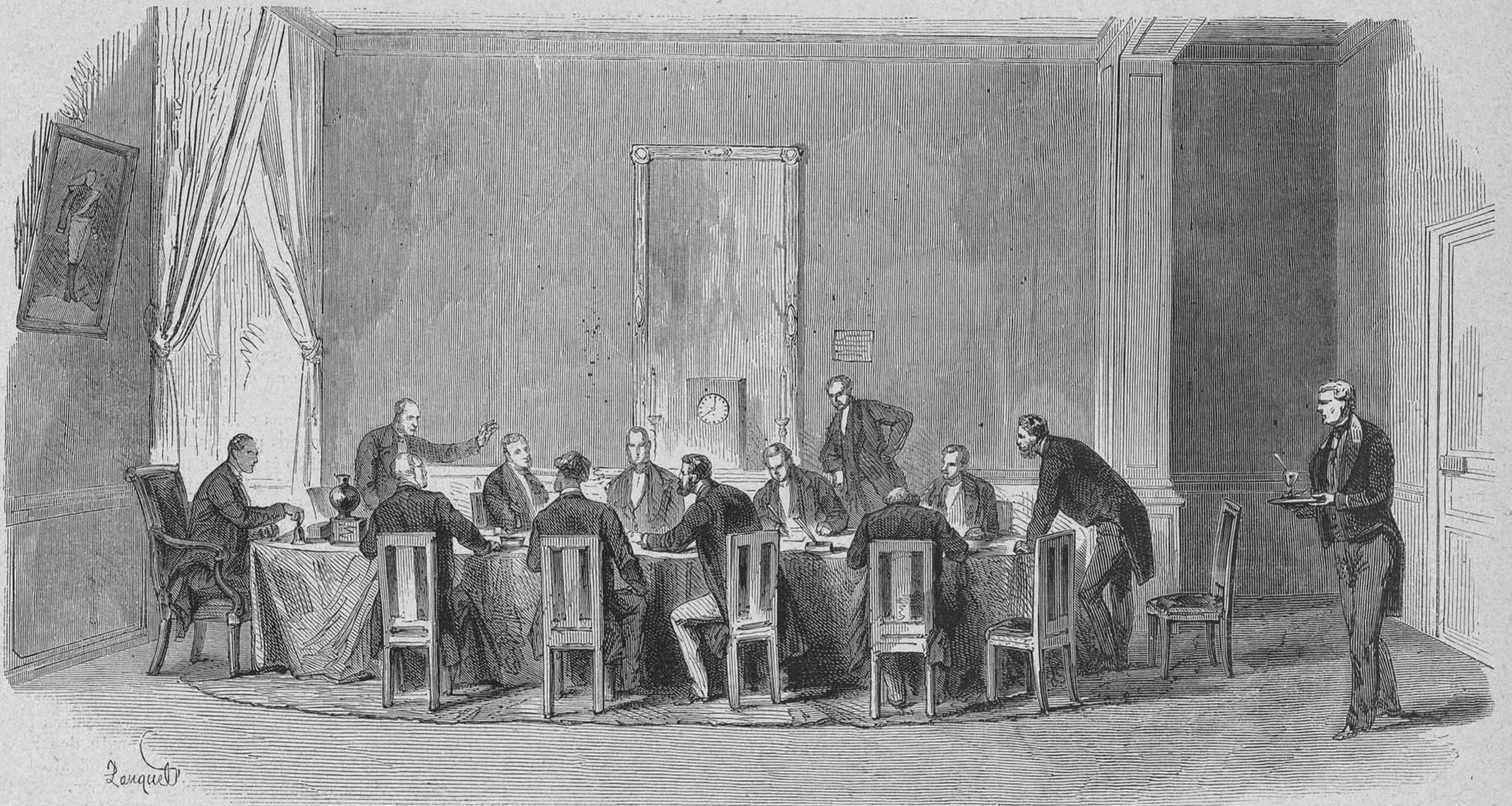
El *especialista que habla* tiene tambien su importancia y utilidad. En las secciones se encarga de lo mas duro de la tarea, y si nunca es relator, es con frecuencia presidente. Diremos de paso que las secciones compuestas ordinariamente de nueve miembros y de diez y ocho cuando se trata de una ley importante, tienen casi siempre una accion decisiva sobre la resolucion de la cámara. Ahora bien, en la sala de las secciones se discute á puerta cerrada: el público, espanto del orador que no está seguro de si mismo, y



Palacio del Cuerpo legislativo. — La sala de los fumadores.

el taquigrafo testigo imp'acable de las faltas de lenguaje, se hallan ausentes. Luego allí se está al rededor de una mesa y entre amigos; no hay necesidad de subir á la tribuna, á esa tribuna desde donde el orador domina á la asamblea, y donde el principiante tímido, blanco de la atencion y las miradas de todos, se confunde y pierde con el hilo de su frase, la memoria de sus ideas. Aquí es lo mismo que estar en casa, é importa menos la elocuencia que la razon.

El *diputado que vota* no manifiesta generalmente su presencia mas que por paréntesis en el *Moniteur*: (Ruido.) — (Movimientos diversos.) — (¡ Ah! ¡ Ah!) — (¡ La votacion! ¡ La votacion!)
Otra regla general: las exclamaciones se hallan en razon inversa de la palabra. — Sin



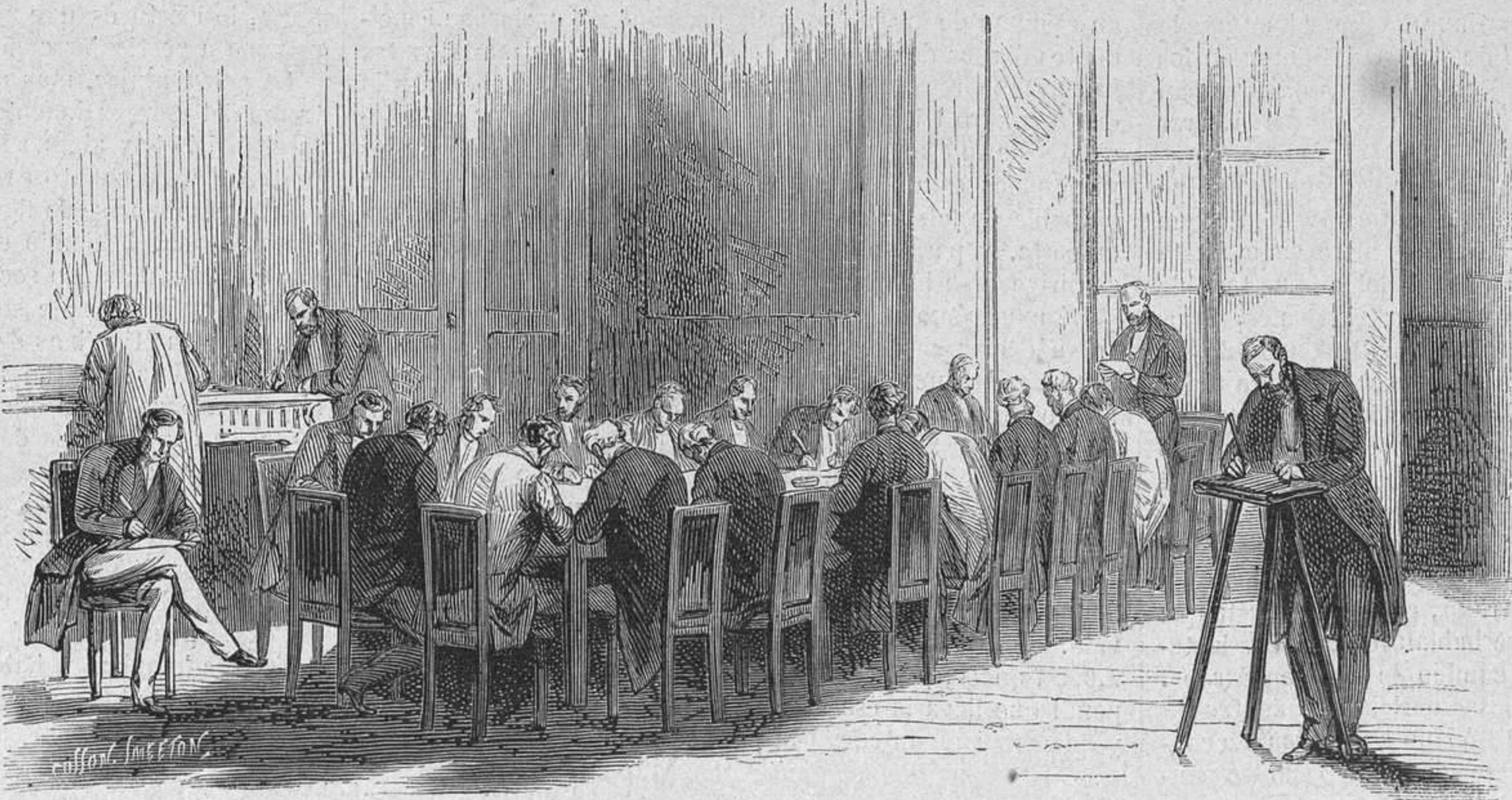
Sala de reunion para las secciones.

embargo, hay excepciones.

El *diputado que vota* forma parte tambien de las secciones, mas no de aquellas que cuentan diez y ocho miembros.

Los cambios de terrenos entre el Estado y los particulares, los empréstitos de poblaciones pequeñas, los cambios de las cabezas de partido entre los pueblos; hé ahí sus tareas.

Al fin de cada legislatura se imprime un libro mas instructivo de lo que parece, en donde figuran por orden alfabético los nombres de todos los diputados y comisarios del gobierno, con la lista completa del trabajo de cada uno. Varias de estas noticias ocupan muchas páginas, en tanto que otras



Sala de reunion de los periodistas despues de una comunicacion del gobierno.

se reducen á esto: « Tal dia... M*** pidió una licencia. »

El *diputado que vota* es el mas asiduo á la sala de conferencia, á la *buvette* y á la pieza de los fumadores.

En la sala de conferencias despacha su correo (el papel de cartas de la cámara es excelente, y los sobres no pueden ser mejores, sin contar con que el membrete tiene algo de oficial). Allí cuenta ó le cuentan noticias, lee los periódicos y descansa de sus fatigas despues de haber pedido que se cierre una discusion y de haberlo obtenido difícilmente.

La *Buvette*, mas frecuentada en otro tiempo que lo está hoy, no deja de tener sus he-

chizos. Allí se fuma y ofrece al consumidor desde el vaso de agua con azúcar y la copa de madera, hasta el chocolate y la taza de caldo.

Los mozos conocen perfectamente el gusto de cada orador, y así es que envían a cada cual la bebida predilecta: á M. Thiers, el agua azucarada; á M. Rouher, el jarabe de grosella; á M. Pouyer-Quertier, la copa de burdeos, etc.

La *Buvette* tiene vistas á un hermoso jardín á la derecha del palacio, casi enfrente del círculo agrícola.

Lo que la ha perjudicado mucho es la supresión de la cantidad mensual que pagaban antes los diputados para su sostenimiento. Todo lo que es gratuito exige reserva.

La *sala de fumar* es para el diputado que vota otro lugar cómodo, pues allí puede trabajar fumando, ó fumar trabajando: la sala de conferencias excluye el cigarro, en tanto que en la de fumar se admite hasta la pipa. A este lugar concurren todas las categorías de diputados.

A la hora de la votación todas estas salas se quedan vacías: el *ugier* advierte á todo el mundo y cada cual se precipita á su puesto. Por lo demás, ausente y todo, puede votar un diputado; mas aun, no es raro que el ausente vote dos veces, y sucede que vota al mismo tiempo con boletín blanco y boletín azul. Dejo á la perspicacia del lector el adivinar cómo se produce este notabilísimo fenómeno.

Fuera de la cámara los diputados se reúnen en grupos mas ó menos numerosos y forman círculos ó pequeñas reuniones íntimas.

Varios de estos círculos han sido célebres, como por ejemplo, el de la calle de Poitiers y el de la de Arcade.

La oposición, poco numerosa, se reúne en las casas de sus miembros.

Además de los diputados, figuran en los debates, como autores principales los comisarios del gobierno, todos oradores ó especialistas. Naturalmente los comisarios no votan. Este grupo, esencialmente variable, se compone primero de los ministros y luego de los consejeros de Estado y de los directores generales. Su tarea suele ser laboriosa.

La vida política del diputado durante la legislatura, se divide en dos partes: el trabajo de las secciones á puerta cerrada, y la parte pública, esto es: la sesión.

J. D. V.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

Tienen los extranjeros la inveterada costumbre de venir á Paris durante el verano, esto es, cuando el Paris aristocrático y elegante se traslada á Baden, á Dieppe, á los Pirineos y demás puntos que tiene marcados la moda como otras tantas estaciones de los placeres mundanos en esta temporada. Ahora bien, de aquí resulta que el viaje en cuestión produce en el ánimo del viajero impresiones engañosas, respecto de las costumbres sociales. El observador que quiera conocer los usos de la alta sociedad parisiense tiene que estudiarla en el invierno, cuando todos los expedicionarios veraniegos se hallan de vuelta en sus casas, cuando abiertos los salones se reflejan en ellos el movimiento, la existencia especial de esas clases opulentas que pasan la vida en el torbellino de las fiestas aristocráticas. Ahora, por ejemplo, en este mes de febrero es cuando puede observarse en toda su animación tan brillante espectáculo. Los grandes bailes se suceden sin interrupción en Tullerías, en el Hotel de Villa, en los ministerios, en los salones particulares de los personajes parisienses de mas renombre. Además de los bailes hay las recepciones, las comidas de etiqueta, los conciertos, en suma, todo son ocasiones de reunirse con todo el aparato que exige la etiqueta en tan solemnes circunstancias. Es una agitación continua en la cual no puede menos de mostrarse todo aquel que aspira á figurar en los altos círculos parisienses. Verdad es que estos círculos son espaciosos y variados, y cada cual puede limitarse á girar en el suyo.

A la vuelta de tantas seducciones como ofrece Paris durante el invierno, hay, sin embargo, un inconveniente que sin duda es el que retrae á los extranjeros para venir á esta capital en la presente estación, y es el del clima, terrible sobre todo para los que habitan países meridionales. Frios como los que acabamos de pasar arredran al mas osado. La crudeza de este invierno, que no hemos echado fuera todavía, ha sido tan grande, que se ha suscitado la cuestión de si habrá habido una perturbación en las estaciones y un cambio en los climas. Hay quien cree que en el siglo XVIII hizo menos frio que en el actual, y otros sostienen por el contrario, que los inviernos en aquel fueron de un rigor extraordinario. Con este motivo un periódico reproduce un cuadro histórico publicado por Arago, en el que consta que la congelación de los rios de que hablan los antiguos historiadores no prueba en pró de un cambio de clima en Europa. De este cuadro tomamos las curiosas noticias siguientes:

En el año 860 el Adriático y el Ródano se helaron. La congelación completa del Ródano, cerca de Arles ó en otro punto cualquiera de la Provenza exige (según las observaciones de 1776), un frio de 18 grados centígrados lo menos bajo

cero. En 1709, cuando el golfo de Venecia se heló, el termómetro habia bajado á 20 grados bajo cero en la ciudad.

En 1133 el Pó se heló desde Cremona al mar. Se podia pasar á pié por el Ródano. El vino se heló en las bodegas (lo menos 18 grados de frio). Lo propio sucedió en 1216 y en 1234. Carruajes cargados atravesaron el Adriático sobre el hielo junto á Venecia. El Danubio estuvo helado en toda su anchura, en 1236, por bastante tiempo.

Carros cargados atravesaron el Rin sobre el hielo junto á Breysach en 1290. El Cattedat estaba tambien completamente helado.

En 1303 el Ródano y todos los rios de Francia se helaron. Los viajeros iban á pié y á caballo por el hielo desde Dinamarca á Lubeck y Dantzic. Todos los rios de Italia y de la Provenza se helaron en 1334. El Ródano se heló en Arles en 1364 á una gran profundidad, y se atravesaba con carros cargados.

El Danubio se heló en toda su extensión en el invierno de 1408. El hielo no tenia interrupción desde Noruega á Dinamarca. Los carruajes atravesaban el Sena sobre el hielo.

El hielo empezó en Paris el día último de diciembre de 1433, y continuó por espacio de tres meses. Volvió á producirse á últimos de marzo, y duró hasta el 17 de abril. En el propio año nevó en Holanda por espacio de cuarenta días consecutivos. En 1460 el Danubio estuvo helado por espacio de dos meses; el Ródano se heló tambien. La ración de vino para los soldados se cortaba á hachazos en Flandes durante el invierno de 1468.

El puerto de Génova estuvo helado en los días 25 y 26 de diciembre de 1493. Cuatro años despues, el puerto de Marsella se heló en toda su extensión, y el día de la Epifanía cayeron tres piés de nieve en la ciudad.

En 1544 se heló el vino en las cubas.

El Ródano se heló en 1565 y en 1568. El 11 de diciembre de este último año los carros pasaban por el Ródano helado; el hielo duró hasta el 21.

Desde últimos de noviembre de 1570 hasta últimos de febrero de 1571, el invierno fué tan crudo que todos los rios, hasta los del Languedoc y de la Provenza, estaban helados de modo que pasaban por ellos sobre el hielo carros cargados.

El mar se heló en Marsella, en 1594, lo propio que en Venecia. Los carros pasaban por el Ródano sobre el hielo en 1603.

La escuadra veneciana se encontró presa en el hielo en las lagunas, de 1621 á 1622. En 1638, el agua del puerto de Marsella se heló al rededor de los buques.

De 1635 á 1636 el Sena estuvo helado del 8 al 18 de diciembre. Heló en seguida sin interrupción del 29 de diciembre hasta el 18 de enero. Una nueva helada sobrevino á pocos días, y duró hasta el mes de marzo. Dos años despues el hielo fué constante en Paris desde el 24 de diciembre hasta el 8 de febrero. El Sena estuvo completamente helado. El frio recrudesció el 12 de febrero y duró hasta el 18. Durante ese invierno Carlos X, rey de Suecia, atravesó el Belt sobre el hielo, con todo su ejército, artillería, cajas de municiones, bagajes, etc.

En el invierno de 1662 á 1663 el hielo duró en Paris desde el 5 de diciembre hasta el 8 de marzo. Un hielo continuo, muy intenso, se sostuvo desde el 2 de diciembre de 1676 hasta el 13 de enero siguiente. El Sena estuvo helado durante treinta y cinco días consecutivos.

El Támesis se heló junto á Londres, hasta el espesor de 11 pulgadas, en 1684. Lo propio sucedió en 1716. Sobre el hielo se establecieron muchas tiendas.

En 1726 se viajó en trineos desde Copenhague á Suecia. El Sena se heló en toda su anchura en los años 1740, 1742, 1744, 1762, 1766, 1767, 1776, 1788 y 1829.

Por esta relación se ve que los inviernos como el actual en Paris son excepcionales. Sin embargo, en los años comunes el frio es siempre bastante excesivo para los habitantes de los climas templados.

Esta semana se ha fallado la causa instruida contra Schumacher hijo, hermano de la marquesa de Orvault, por tentativa de homicidio, hecho de que ya tienen conocimiento nuestros lectores. Contra lo que esperábamos, no ha habido en el curso de los debates ni pormenores curiosos ni incidentes dignos de señalarse. El atentado del hermano contra la hermana resalta con su fria é infame desnudez en medio de un cuadro tristísimo. Este hermano que gracias á la reciente marquesa habia obtenido un empleo en uno de los principales establecimientos financieros de Paris, se hace culpable de falsificaciones, que le constituyen en un descubierto, y para parar el golpe de la persecución judicial se dirige á su hermana.

Hé aquí cómo refiere lo ocurrido la marquesa de Orvault, en su declaración escrita, pues como saben ya nuestros lectores, despues del suceso abandonó la Francia.

«Schumacher es mi hermano, y él fué quien disparó contra mí dos pistoletazos. Yo le veía muy pocas veces, y hacia cuatro meses que no le habia visto, cuando se presentó una tarde á eso de las tres, diciendo que queria hablar conmigo.

»Mi doncella le introdujo en mi gabinete de tocador, en donde yo me hallaba, y no me pareció exaltado ni conmovido. Me dijo que necesitaba inmediatamente la cantidad de 2,000 francos, y yo, despues de vacilar un momento, le respondí que llevaria esa suma á la persona á quien la debia, y que seguidamente saldria para cumplir el encargo.

»Mi hermano me suplicó entonces que le permitiera venir á verme, y le dije á esto que tales visitas no podian tener efecto, y que me hiciera el favor de no volver á mi

casa. No era una orden, era casi una súplica. Nos hallábamos en aquel momento cerca de la puerta del gabinete de tocador, y nuestra entrevista apenas habia durado un cuarto de hora. Acompañé á mi hermano, que no me inspiraba la menor desconfianza, y que me parecia dispuesto á retirarse, cuando de repente, porque le repetí que me negaba á recibirle, sacó de su bolsillo una pistola y me tiró un pistoletazo á la cara; huí hácia mi cuarto y recibí en la espalda otro tiro. Entonces pedí auxilio, y á mis voces acudió gente.»

De lo restante de la declaración resultan estos hechos:

La marquesa declara, para explicar que jamás ha tenido la menor animadversión á su hermano, que su madre es de una avaricia suma, tanto que aunque posea una fortuna considerable, se empeña en que su marido continúe trabajando de cochero.

Ahora bien, este hombre anciano y achacoso necesita descanso, y así es que la marquesa habia prometido á su madre una pensión anual de 800 francos y luego de 1,000, con la condición de que su padre no trabajaria mas en su duro oficio. La madre dijo entonces que deseaba que su hijo se fuese á vivir solo y les dejara, y la marquesa le escribió manifestándole que ponía por condición para el cumplimiento de su promesa, que saliera él de la casa.

De esta carta se ha querido hacer un arma para probar la enemistad de la hermana contra el hermano, y por esta razón la marquesa de Orvault dió las explicaciones que preceden.

En vista de la declaración del jurado, afirmativa sobre las cuestiones de falsificación y de homicidio voluntario, aunque con circunstancias atenuantes, Schumacher fué condenado á veinte años de trabajos forzados.

Un incidente singular señalan los diarios judiciales. A la salida de la audiencia, la suegra del señor marqués de Maubreuil llega acompañada por su marido y por una multitud de curiosos al bulevar del Palacio, cerca de una estación de coches de alquiler; el marido la hace entrar en un carruaje, y como el cochero no parece á pesar de que le llaman á voces, Schumacher de un brinco se planta en el pescante y lleva á su mujer á su casa.

Cualquiera creeria que ahora hemos llegado al fin de esta singular historia de familia; pero nada de esto, falta una postdata. El marqués de Maubreuil y de Orvault, ha entablado contra su esposa Catalina Schumacher una demanda pidiendo la nulidad de su enlace, y se funda en la incompetencia del oficial del estado civil que les casó, pues estas bodas se celebraron en un pueblecillo del ducado de Luxemburgo, donde el marqués no tenia ni domicilio ni residencia. Con este motivo la historia de tan famoso casamiento, va á servir de pasto nuevamente á la curiosidad de los parisienses, que no es poca cuando se trata de lances de esta clase.

Entre tanto debemos señalar en esta crónica varios chascarrillos mas ó menos pesados, que son como los incidentes menudos de la historia de la semana.

En esta época del año los viajeros escasean mucho en los trenes de las cercanías de Paris, atestados siempre de gente durante el estío; y sobre todo á ciertas horas de la noche, puede decirse que la mayor parte de los coches están solitarios.

Ahora bien, noches pasadas, á eso de las diez, venia en el tren de Saint-Cloud hácia Paris, una mujer joven y hermosa, algun tanto azorada, pues se hallaba enteramente sola en un compartimiento de primera clase.

Esta soledad perturbaba su imaginación y la hacia entrever toda clase de horrores. Recordaba los espantosos crímenes cometidos con viajeros aislados mientras los trenes están en marcha, y deseaba ardientemente llegar á la primera estación para buscar otro compartimiento en donde pudiese viajar acompañada de otras personas.

Mas hé aquí que de repente un grito de terror se escapa de su garganta: un hombre se asoma á la portezuela, un hombre negro con un sombrero que le cubria los ojos; en suma, una aparición patibularia.

¿Cómo habia llegado hasta allí semejante hombre? Sin duda habia venido andando por los estribos; pero sea lo que fuere, lo cierto es que mete un brazo por la portezuela, y se pone á gesticular como un poseído.

La pobre mujer, mas muerta que viva, corre al otro extremo del compartimiento, y si en su cerebro turbado hasta el delirio hay alguna idea, es la de arrojarle por la otra portezuela, en cuanto se acerque á ella el hombre siniestro, en cuyas manos se le figura ver brillar un puñal homicida. Sin embargo, haciendo esfuerzos sobrenaturales, consigue dar un grito pidiendo socorro, y el hombre, al oír esto, retrocede, y despues de soltar una carcajada satánica, desaparece en las tinieblas de la noche.

Una vez libre de tan fatídica visión, la joven vuelve en sí poco á poco y recobra el ánimo, tanto que llegada á Paris, salta con presteza del wagon sin pensar en dar parte á nadie de lo ocurrido.

Mas hé aquí que al llegar á la cabeza del tren, se estremece, porque acaba de oír aquella misma carcajada que tanto la asustó momentos antes; ahora ya, como no la inspira temor alguno, mira en su derredor, y distingue al duende, que es uno de los fogoneros ennegrecido por el humo del carbon, quien se habia divertido en asomarse por las portezuelas de los wagones para disfrutar del espectáculo que su vista repentina causaba en los escasos viajeros que iban en los coches.

El mismo periódico de donde extractamos este hecho, la *Petite Presse*, publica otro en forma de historia que no es

por cierto menos curioso. Abreviaremos sus pormenores: Un paseante que recorría hace algunas tardes las inmediaciones de Neuilly, vió de repente á dos señoras y á un hombre, que tenían allí cerca un coche de alquiler que les esperaba, y que parecían dirigirse hácia una cantera situada á poca distancia del camino.

Nuestro hombre creyó observar que estas tres personas abrieron un hoyo en la arena y sepultaron en él un objeto bastante voluminoso que llevaban consigo, despues de lo cual se volvieron al coche que no tardó mucho en alejarse.

El espectador de esta escena se creyó en el deber de dar parte á la autoridad, y con esta idea se encaminó al puesto de policía de la aldea Levallois, donde suplicó al jefe que tuviera á bien oír su declaracion.

Al punto acudieron agentes al sitio indicado, y despues de haber socavado la arena, descubrieron una caja larga que llevaron al comisario de policía del distrito de Clichy. En torno de la caja habia una guirnalda de siemprevivas, con estas palabras trazadas con flores negras: ¡Pobre María!

Abrieron la caja, y en su interior hallaron, envuelto en una mortaja de percalina de color de rosa, el cadáver de una perrita habanera, que llevaba un sedal en el lado derecho del cuello. Formando cabecera, habia en el fondo de la caja un pañuelo de batista marcado con la letra M, y un ramillete de violetas.

Tal fué el hallazgo.

Lo mismo que si estuviéramos en medio del carnaval, hay personas que se entretienen en dar chascos, cuyas consecuencias no meditan debidamente. Hace pocos dias se anunció que en las cercanías de Mantes se habia ahogado toda una familia que se paseaba por el Sena helado, y que esta gran desgracia habia conmovido á la poblacion que asistió en gran número á las exequias de las víctimas. De todo esto habia pormenores lamentables.

Ahora bien, cuando se leyeron en Mantes estas relaciones enviadas con firmas supuestas á los periódicos, se buscó el origen de tal suposicion que habria podido dar un golpe terrible á la parentela y amigos de las personas designadas, y se descubrió que todo habia sido una burla, que ni una palabra de verdad habia en tales relatos.

En el dia se trata de indagar si este otro hecho que vamos á señalar á continuacion es tambien una broma, ó una tentativa criminal que merece su correspondiente castigo.

Es el caso pues, que el empresario del teatro de la Puerta de San Martin ha estado recibiendo sucesivamente varias cartas anónimas en que le anunciaban que debajo del tablado se habian abierto minas cargadas de pólvora, las cuales, preparadas y encendidas por una mano criminal, iban á hacer explosion de un momento á otro.

El empresario creyó en un principio que todo esto era una burla, y no dió á la cosa la menor importancia; mas como últimamente recibiera un mensaje mas explicito, informó al comisario de policía, quien inmediatamente dispuso un registro. Con efecto, á eso de las once de la noche de aquel mismo dia, hizo su visita y sorprendió, escondidos detrás de una estufa, á dos individuos que declararon no tenían asilo, sin poder ó querer explicar la causa de su presencia debajo del tablado del teatro.

¿Qué hacian allí? Esto es lo que se ignora hasta hoy: veremos si la informacion nos descubre alguna conexcion entre estos individuos y las revelaciones de las cartas anónimas.

Nada nuevo en los teatros, á pesar de que en todos los principales se anuncian novedades de importancia desde hace dias. La Grande Opera sigue con *Guillermo Tell*, que como ya hemos dicho á nuestros lectores, excita hoy un gran entusiasmo cantado por Faure. A fines de febrero tendrá lugar la primera representacion de *Hamlet*.

En los Italianos está anunciado el *Templario*, de Nicolai, para el martes próximo, ópera nueva en Paris, que segun se dice, fué en la época de su aparicion muy celebrada en Italia. Veremos cuál es la acogida que hacen los parisienses á este maestro de merecida fama.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

PRIMERAS FLORES.

Á LA PRECIOSA NIÑA CÁRMEN L.

Cual brotan en el prado
Las gayas flores,
En nuestro pecho brotan
Las ilusiones;
Siendo, ambas, niña,
Nuestro dulce consuelo,
Nuestra alegría.

Hoy que á brotar empiezan
En tu albo pecho,
Las dulces ilusiones

De un amor tierno;
Ten gran cuidado,
Que es fácil las marchiten
Los desengaños.

Feliz tú si conservas
Dentro del alma,
La semilla bendita
De la esperanza.
Mas si la pierdes
Verás tus ilusiones
Qué pronto mueren.

Las ilusiones, niña,
Son para el pecho,
Lo que para las flores
El manso viento;
Sin sus caricias,
Tus amores en germen
Se agostarian.

Ilusion y esperanza
Tu pecho encierra,
Guárdalas, niña hermosa,
Con ansia tierna.
¡Feliz mil veces,
Si esas flores perfuman
Tu pecho siempre!

CÁRLOS CANO Y NUÑEZ.

Ecos de Madrid.

De seguro en la mayor parte de las provincias de España se encuentran á estas fechas afligidas las gentes creyendo de buena fe que recorre los pueblos é invade los campos una miseria tenaz y espantosa.

Es posible que las cosechas se hayan perdido, sin que sea posible encontrarlas, que el comercio se halle parado como un reloj sin cuerda, que las industrias se encuentren detenidas como un lobo en una trampa, como un pájaro en un lazo.

Es posible que el hambre, estallando como una mina por innumerables bocas, haga resonar por todas partes la misma detonacion: «pan.»

Es posible que se decidan al fin por morirse todos aquellos á quienes les es imposible seguir viviendo.

Todo eso es posible, pero debe tranquilizarnos la idea consoladora de que no es probable.

No nos dejemos sorprender por la mala intencion de las apariencias y en todo caso disputémosle á la realidad misma el derecho con que pretende tiranizarnos.

Discutamos.

No es cosa de que vayamos á consentir que el hambre venga á desmentir la evidencia de nuestras prosperidades sin mas título que el de llamarse hambre.

Ante todo la razon.

Acometámosla con la espada invencible de nuestra lógica victoriosa.

Puesto que nos acomete, desarmémosla.

No podemos permitir que la miseria invada nuestras comarcas y se apodere de nuestros pueblos en el momento en que la gran ciencia del crédito asegura á las naciones todas las felicidades de un bienestar eterno.

Examinemos los poderes de esa miseria intempestiva que levanta por todas partes millares de manos que piden pan.

Ante todo esa hambre es injusta.

Ella penetra cautelosamente en el seno de una familia y se apodera poco á poco de todos sus individuos so pretexto de que aquellos imbéciles no tienen que comer.

Este es siempre su procedimiento; un pretexto no es una razon y en el pretexto está su grande injusticia.

¿A quién acomete? Siempre ha hecho lo mismo, acomete á los mas pobres, á los mas débiles.

¿Con qué razon puede tomarse la libertad de presentarse entre nosotros?

¿La riqueza dividida no se ha aumentado para propagarse por todos los términos de la especie humana?

¿Esos grandes tesoros arrancados de tantas manos muertas no han podido llegar todavía ni en poco ni en mucho á las manos de tantos vivos como recorren los pueblos empeñados en hacernos creer que se mueren de hambre?

El crédito multiplicando fabulosamente la fortuna pública por medio de una aritmética milagrosa ¿puede consentir que el hambre, problema puramente económico, no tenga mas solucion que el amor al prójimo?

Descubrir por medio de las sábias investigaciones de una ciencia tesoros inagotables de riqueza, abundancia siempre creciente, estallar la miseria como estalla una conspiracion y abandonar el conflicto á las decisiones de la caridad, seria confesar con grave menoscabo de la razon soberana que la virtud sabe mas que la ciencia.

¿Habriamos de convenir en semejante absurdo? Entendámoslo bien.

En la ciencia todo es razon, en la caridad todo es fe; sin razon no hay ciencia, sin fe no hay caridad.

Es verdad que no hay un pobre en estos momentos, y los hay á millares, que pretendan averiguar, quién es ó dónde vive el mas sabio de los economistas, á la vez que todos ellos tienden las manos preguntando dónde hay un corazon compasivo.

Ellos no preguntan quién tiene ciencia.

Solo desean saber quién tiene caridad.

Esto es demasiado cierto, pero es el caso que los pobres no pueden ser jueces porque son parte.

Además, ¿quién puede abrigar la ridícula pretension de meterle en la cabeza á un pobre que se muere de hambre la seguridad de que hay una ciencia humana que tiene por objeto acabar con los pobres?

El hambre es por lo comun demasiado testaruda para dejarse convencer, y aunque vea que para acabar con los pobres no hay medio mas seguro que dejarlos morir de hambre, no creará jamás en semejante ciencia.

Dará mas fe á cualquiera pedazo de pan que le pongan en la mano, que á todos los economistas que pudieran ponerle delante.

No pudiendo ser jueces, parece que hay bastante razon para recusarlos asimismo como testigos.

Ellos sobornados por la ignorancia y oprimidos por la necesidad declararían contra la ciencia.

Una cosa es tener hambre y otra cosa es tener razon. Pónganse frente á frente los dos términos principales de esta cuestion.

Por una parte tenemos á la economía política que anda por el mundo derramando sobre las naciones los beneficios de una prosperidad que parece interminable.

Por otra parte tenemos á la miseria que anda empujando ya hácia una parte, ya hácia otra masas de pobres que parecen tambien interminables.

Principio fundamental de esta economía:

El crédito.

Principio fundamental de toda miseria:

El hambre.

Del crédito pueden darse muchas definiciones, pero no tiene mas que una aplicacion, que es esta: tomar prestado.

Al hambre pueden atribuírsele muchas cosas, para ella no tiene mas que una solucion, que es esta: pedir limosna.

La necesidad es el resorte comun que pone en movimiento las manos del que toma prestado y la mano del que pide limosna, pero esa necesidad no es ni puede ser la misma.

En el primer caso esa necesidad puede llamarse lujo, puede llamarse vicio, puede llamarse negocio.

En el segundo caso esa necesidad no tiene mas que un nombre y se llama hambre.

El que da prestado obedece á esa ley ciega y poderosa sancionada por la ciencia que se llama interés.

El que da limosna obedece á esa otra ley que la fe ilumina y que se llama caridad.

¿Qué diferencia!

Tomar prestado y pedir limosna son dos cosas que se rechazan; por consiguiente donde está la economía no puede haber miseria, donde está el interés no puede haber hambre, en una palabra, donde está la ciencia sobra la caridad.

Ahora bien, ¿quién que no haya perdido el juicio en las especulaciones de su razon puede atreverse á creer que se muere de hambre?

¿Qué habremos hecho con tanto ruido de ciencia, con tantos tesoros de conocimientos, con tan abundante mina de datos y de estadísticas, con tanta riqueza de doctrina económica, si so pretexto de que no ha llovido ó con excusa de que se han perdido estas ó las otras cosechas la miseria se esparce por dilatadas comarcas y los pueblos se ven inundados por los pobres?

Comprendamos que para que sea verdad toda esa miseria es preciso que sea mentira casi toda esa ciencia.

Y por otra parte, mirando las cosas desde aquí, desde este centro luminoso que se llama Madrid, es imposible incurrir en error semejante.

¡Pobreza! y aquí se paga la vida á peso de oro.

¡Hambre! y Madrid está lleno de fondas.

¡Miseria! y la Bolsa sube.

El interés del dinero crece y se desarrolla.

Este es un hecho incontestable.

Un duro vale ya dos duros.

¿Y qué quiere decir esto?

Quiere decir que el dinero se multiplica.

Y cuando el dinero crece de tal manera, ¿es posible que la riqueza mengüe de tal modo?

Ante la razon y ante los hechos, semejante miseria es absurda.

El que por preocupacion ó por ignorancia incurra en el error de morir de hambre, hay que decirlo muy alto, comete un verdadero disparate.

JOSÉ SELGAS.

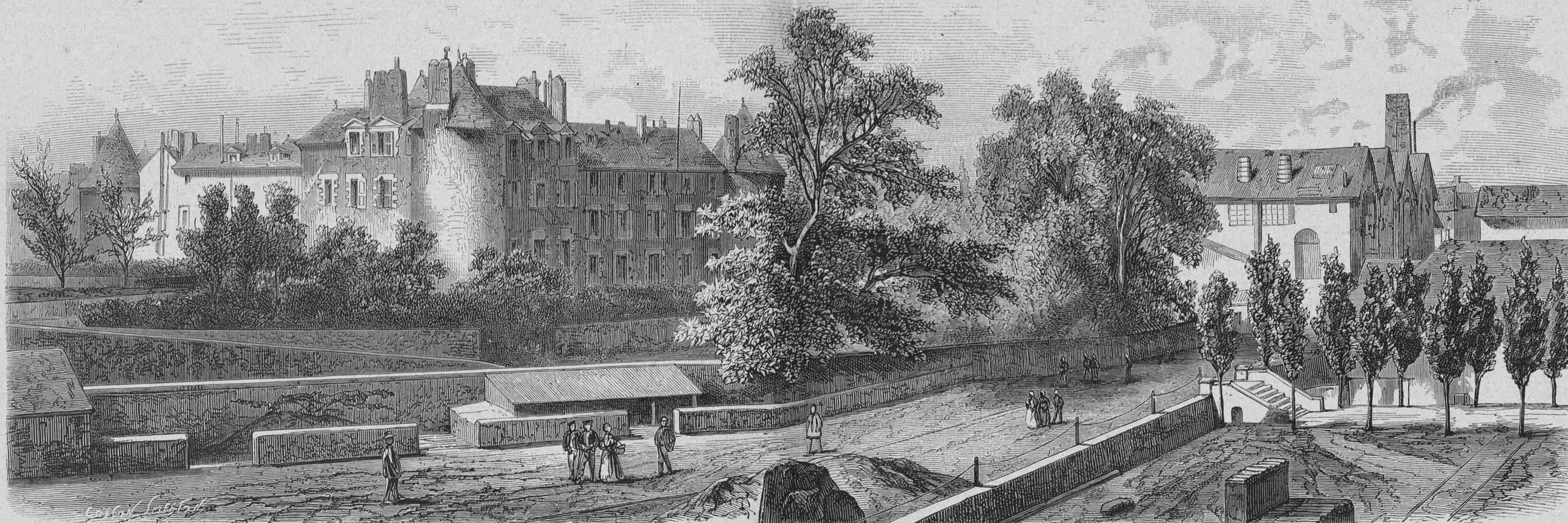
Los grandes establecimientos

DE LA MARINA IMPERIAL.

INDRET.

Entre todas las maravillas de la Exposicion universal, hoy desvanecidas como un sueño, seguramente no se ha olvidado aun el espectáculo que se ofrecia al visitante á la orilla del Sena, en la construccion donde funcionaba la máquina destinada á la fragata de coraza *Friedland*. El poderoso aparato se mostraba allí tal como se encuentra instalado á bordo del buque, aunque libre de todos los obstáculos que impedían pudieran apreciarse su conjunto. Cuando despues de haber pasado entre las dos filas de calderas que le precedian, se habia subido la escalera que llevaba á la plataforma superior, se le veia desde allí en toda su imponente grandeza. Veianse ante todo los cilindros, los condensadores, los enormes tubos que conducian el vapor de unos á otros, y luego los émbolos, las espoletas, los manubrios que iban y venian agitándose sin descanso como otros tantos brazos gigantes, y por último, en el fondo el hélice que hacia dar vueltas en el aire á sus dos grandes alas de bronce.

No se cansaba uno de contemplar el poderoso y acompasado juego de todo aquel mecanismo; pero á menudo, despues de haber admirado al gigante que parecia representar allí la mas elevada expresion del genio humano, se preguntaba la gente cuán poderosas no debian ser tambien las máquinas que habian forjado, torneado y labrado aquellas enormes piezas de hierro ó de acero, tan lisas y relucientes; cómo se habian podido ajustar aquellos mil órganos, que cada uno representaba una masa de metal de muchos miles de kilogramos y que



Los grandes establecimientos de la marina imperial. — Manufactura de Indret, vista del castillo.



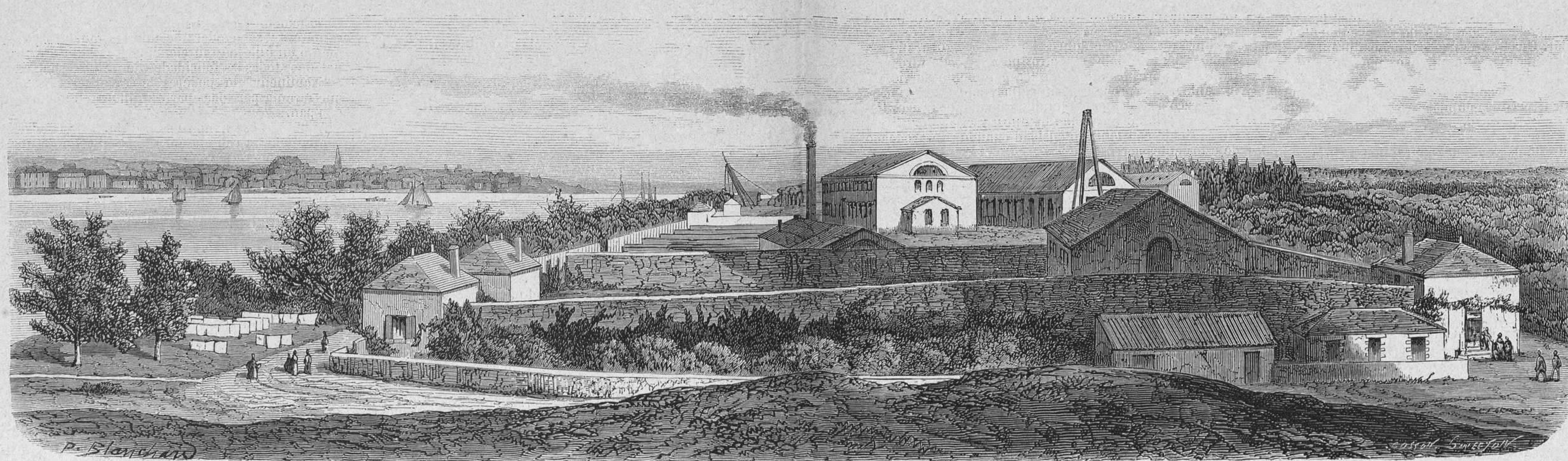
Panorama de la isla de Indret, vista tomada del Loira.

ha conservado el nombre de *Ermita de San Hermeland*. Las dos torres de que se compone, evidentemente de una construccion muy antigua, están hechas de piedras sin labrar y coronadas con una plataforma que sirve de azotea, á la que se llega por una escalera exterior. Convertida en habitacion de vigilante en 1828, devuelta al culto en 1845, y en fin, completamente restaurada en 1863 la capilla de San Hermeland recibió en 1808 la visita de Napoleon I y mas recientemente la de la duquesa de Angulema, de la duquesa de Berry y del principe de Joinville.

El castillo que ocupa la parte central de la isla es de fines del siglo XVI, fué construido por el duque de Mercœur y sirve hoy de morada á los funcionarios y oficiales de la manufactura.

El antiguo edificio fué sucesivamente propiedad del caballero de Genouville y de Duquesne, á quien fué dado por Ana de Austria en recompensa de sus servicios. En 1642 compró Luis XIV una parte del dominio para crear astilleros de construccion de buques; y en 1777 establecieron allí una fundicion de cañones que desapareció en 1827, siendo reemplazada por una *manufactura de máquinas de fuego*, que se ha convertido en el establecimiento de nuestros dias.

Débase la idea primera de esta fundacion al baron Tupinier, quien sugirió el proyecto al conde de Chabrol que era á la sazón ministro de Marina; la situacion central de la isla de Indret, con relacion á Brest, Lorient y Rochefort, la facilidad que proporcionaba el Loira para el trasporte de materiales y el embarque de productos, fueron los motivos que decidieron esta eleccion, M. Gengembre, entendido mecánico de Paris, au-



Panorama de la isla de Indret, vista tomada de la torre de San Hermeland.

funcionaban con tanta precision y blandura, como el mecanismo de reloj mas delicado. Ahora bien, habiéndonos parecido interesante el responder á estas preguntas, no hallamos medio mejor que el de mostrar á nuestros lectores la manufactura de donde ha salido la máquina del *Friedland*. Este establecimiento, que es propiedad del Estado, no solo ofrece el atractivo de curiosidad de todas las grandes explotaciones industriales, sino que tiene un interés mas elevado aun por la razon de que ha contribuido poderosamente á la creacion de la escuadra de coraza de la Francia y que representa una de las bases del poderio marítimo de esta nacion: de él han salido la mayor parte de las máquinas de vapor que funcionan á bordo de los buques de la marina imperial.

La manufactura de Indret se encuentra á seis kilómetros de Nantes, en una de las islas que forma el Loira, enfrente de la poblacion de Basse-Indret. Cuando se baja el rio en uno de los piróscafos que hacen el servicio de Nantes al mar, no se tarda en descubrir sus numerosas chimeneas que de dia y de noche arrojan columnas de humo, así como sus largas filas de cobertizos de agudos tejados y sus muelles cargados de materiales; y muy luego los silbidos del vapor, el ruido incesante de las fraguas y de los talleres de caldereria, anuncian un establecimiento industrial de primer orden.

Segun una antigua leyenda, pues Indret tiene sus monumentos y su historia, la ciudad de Basse-Indret situada en otro tiempo en una isla que las arenas del Loira han reunido despues al continente, debe su nombre á un religioso del siglo VII, san Hermeland, que fundó un monasterio en el sitio que hoy ocupa. Hermeland descubrió cavernas en este sitio y de aqui su nombre *Antrum*, de donde hicieron *Aindre* ó *Indre*, por corrupcion; luego visitó una isla contigua, mas pequeña, que llamó *Antracinitum*, que vino á ser *Aindrete* y luego Indret. Atribúyese á esta época un pequeño monumento que

tor del primer sistema regular de la fabricacion de mo-
nedas, fué encargado de organizar el establecimiento,
cuya direccion conservó hasta el año de 1838.

En esta época los ingenieros de marina se habian familiarizado con la construccion de máquinas de vapor, y así fué que centralizaron en sus manos la direccion de la manufactura y de los astilleros. Finalmente, en 1849 estando probado hacia tiempo que eran insuficientes para los buques de gran porte, los suprimieron, y el espacio que ocupaban fué al instante absorbido por la manufactura, que no se limitó á esto, pues sus talleres cubren actualmente la superficie casi total de la isla. M. L.

Los Espectros.

Pasó el siglo de los duendes y ánimas, dice el ilustre doctor Hibbert; y casi todo el mundo repite lo mismo en nuestros dias. Estos misteriosos aparecidos han debido convertirse ya en meras ilusiones ópticas, que se efectúan por una imaginacion excitable en temperamentos nerviosos; y la noticia de una verdadera ánima venida del otro mundo es enteramente descreida.

No cabe empero en la posibilidad que como de este último género sea reputado el hecho del presente artículo. Uno ó quizá dos hechos de este carácter podré

presentar al lector, mas por ahora me limitaré á referir un caso muy curioso é interesante de *ilusion óptica* declarada; y no dudo que muchos de mis lectores médicos podrán parangonarle con lances semejantes acaecidos en el círculo de su propia observacion.

M. D***, presbítero de la iglesia de Inglaterra, educado en Oxford, hombre maduro y honrado, poseía un entendimiento notablemente agudo y capaz; era un sacerdote ejemplar, predicaba voluntariamente dos veces todos los domingos, y desempeñaba los demás cargos de su ministerio con zelosa fidelidad y á completa satisfaccion de sus feligreses.

Si algun hombre habia menos propenso á ser aterrado con ánimas, ó tenia para serlo menos *fundamento* que otros, seguramente era M. D***. Un domingo por la tarde, para suplir á un amigo impedido, habia pasado á la iglesia de este, á pocas millas de Lóndres, y al retirarse á su casa, paseábase gozando la tranquilidad de la noche y alegrándose con los avivados rayos de la luna llena.

Aun distaba unas tres millas de la ciudad, cuando repentinamente oyó ó se figuró oír á sus espaldas el ruido de sobrealiento y jadeo, como si un perro privado de la respiracion le fuese siguiendo. Miró al rededor por ambos lados; mas no viendo perro alguno, pensó haberse engañado, y volvió á tomar su camino y meditaciones.

Repitióse luego la misma especie de sonido, y otra vez miró al rededor con igual éxito que antes. Despues de una breve pausa, sospechando en esto alguna otra cosa mas que singular, le ocurrió al pronto que el ruido percibido era solamente el de su propio alentar, consecuencia del paso insensiblemente acelerado que llevaba, embebecido con algun objeto que de un modo particular ocuparia entonces sus pensamientos.

Apenas habia dado diez pasos mas, de nuevo oyó precisamente los idénticos sonidos, acompañados, si se permite la expresion, del pisoteo de las patas de un perro que corriese tras de él muy cerca y por el costado izquierdo.

— ¡Dios me ampare! gritó M. D***, parándose por tercera vez y mirando al rededor en todas direcciones cerca y lejos. Vaya... realmente es muy singular... singularísimo... seguramente no me puedo haber equivocado otra vez.

Continuó todavía fijo, y enjugaba su frente, hasta que volviéndose á poner el sombrero y á seguir su camino con algun azoramiento, clavó su fuerte baston negro en el suelo con cierta energia y resolucion, que bastó para desahogar de nuevo su ánimo confuso.

M. D*** dió sus treinta ó cuarenta pasos primeros con el oido alerta, y no percibiendo nada semejante á los sonidos que por tres veces habian embargado su atencion, iba otra vez entregándose á sus meditaciones, al tiempo que pasados pocos momentos, reiteróse el ruido aparentemente por su lado derecho, y algo asustado, saltó del borde al medio del camino real, sintiendo su pautorrilla como cepillada, segun su misma expresion, por la felpuda ropa de su invisible secuaz. Por de pronto miró hácia abajo con no menos asombro que sobresalto y observó el oscuro contorno de un perrazo azul de Terranova.

Separóse del sitio en que se hallaba de pié, y la fantasma le seguia; restregóse los ojos con sus manos, meneó la cabeza, y otra vez miró; pero aun permanecia allí, grande como un becerro, con el que le comparaba, y habia adquirido una forma mas distinta y definida, continuando sin embargo del mismo color azul desmayado.

Tambien reparó en los ojos, á manera de brasas medio encendidas, y mirándole serenamente á la cara. Hurgoneó con su baston al rededor la forma de la fantasma, y repetidas veces la atravesó de parte á parte; pero continuaba indivisible, impalpable, en una palabra, tan perro como siempre, y con todo el baston traspasaba su forma en todas direcciones desde la cola hasta la punta del hocico.

M. D*** echó á correr algunos pasos, miró nuevamente, y el perro aun estaba. Bueno es que sepa el lector que M. D*** era hombre de notable templanza, habiéndose contentado aquella tarde, estando á la cabecera de su colega enfermo, con un solo vaso de vino de Oporto, de modo que ningun indicio habia para presumir que sus intuiciones hubiesen sido perturbadas por licores.

— ¿Qué puede ser esto? se preguntaba él mientras su corazon latia mucho mas fuerte que lo regular contra las paredes del pecho. ¡Oh! debe ser una ilusion óptica... sí, es claro... nada mas... á eso se reduce todo; pero ¡qué singular!

Y sonreía él creyéndose muy indiferente; pero una ojeada mas á la fantasma, que subsistia de pié á su lado, con el mismo azul, le alteró instantáneamente dejándole suspenso con gran recelo.

Si positivamente era una ilusion óptica, era la mas fija y pertinaz de que jamás hubiese oído él hablar. La mejor prenda del valor es la discrecion, dice Shakspeare, en estos lances, así como para todas las cosas; y por lo mismo, reparando en un coche de diligencia que pasaba en aquel momento, M. D***, con voz algo tribulada, mandó parar el carruaje, y quedando cabalmente lugar para uno solo, subió M. D***, celebrando la sagaz traza con que habia logrado deshacerse de su extraño socio.

No sintiéndose dispuesto á entablar conversacion con la gruesa señora que junto á él sentada iba oprimiéndole desapiadadamente contra el costado del carruaje, ni con el corpulento viejo del testero cuyas enormes

botas embarradas le molestaban, cerró los ojos para entregarse sin distraccion á sus reflexiones.

A los pocos minutos de ir marchando, abrió de pronto los ojos, y el primer objeto que descubrió fué la figura del perro azul tendido á la larga á sus piés, guardando una postura imposible de apreciar, medió escondido debajo del asiento.

— Caballero, ¿el perro no incomoda á Vd? preguntó M. D*** un poco turbado al sujeto de enfrente, esperando averiguar si resultaba visible para algun otro el perro.

— ¡Señor! exclamó la persona á quien él se dirigió, dejando con sobresalto su reclinacion, y ojeando el fondo del coche.

— ¡Por Dios, señor! añadió la señora que á su lado estaba.

— ¿Un perro dice Vd., señor? preguntaron todos á una voz.

— ¡Ah...! nada... nada... No tengan Vds. cuidado. Ha sido una pequeña equivocacion; replicó M. D*** con una sonrisa desmayada. Creí... creí... en fin, veo que he estado soñando, y desengañado ya, suplico á ustedes que dispensen la molestia.

Todos los del coche se rieron, excepto M. D***, cuyos ojos no parpadeaban, clavados en el oscuro contorno azul del perro echado á sus piés inmóvil. Ahora estaba cierto de que le atormentaba una suerte cualquiera de ilusion óptica, y procuró desviar sus pensamientos de un giro alarmante, esforzándose en ocupar sus facultades intelectuales con la filosofía del caso.

No obstante, nada consiguió, y no quedó poco sorprendido al apearce, cuando todo el problema de sus pensamientos bajo la forma del gran perro azul, saltó á sus talones fuera del coche.

Llegado á su casa, perdió de vista la fantasma durante la cena y devociones de familia; mas al punto que apagó la luz de la alcoba y se metia en la cama, por poco no salió fuera al experimentar la impresion como de un gran perro que hubiese saltado arriba por la parte donde extendia sus piés.

Sentia el peso del animal; y segun me dijo, estuvo para levantarse y elevar á Dios una plegaria especial. La señora D*** preguntó qué le pasaba, habiéndose quedado muy frio y casi tiritando. Fácilmente la sereno diciendo que se habia acatarrado un poco; mas tan luego como la sintió bien dormida, echóse muy quedito fuera de la cama y se puso á pasear de un extremo á otro de la sala.

Por donde quiera que se dirigia observaba con la claridad de la luna, venida de la ventanas, el denso y oscuro contorno del perro, siguiéndole á cuantas partes iba. Sin saber precisamente porqué, M. D*** abrió las ventanas, para lo cual hubo de encaramarse á una mesa, y al mirar abajo antes de saltar al suelo, ya le aguardaba el perro enroscándose mansamente á sus plantas.

Juzgó M. D*** que, fuese ó no ilusion, esto no le era ya resistible; y corrió por tanto á su cama, tapándose con las ropas enteramente espantado, hasta que por fin cogió el sueño, con la cabeza toda la noche bajo la manta.

Al despertarse por la mañana, pensaba que lo del perro debia todo haber sido un sueño, pues con la luz del dia desapareció absolutamente.

Cuando una hora de ojeo en todas direcciones le dejó convencido de que la fantasma realmente no era ya visible, contó lo acaecido á la señora D***, zumbándose del miedo que á ella le habia causado; pues pretendia la buena mujer que en el suceso *algo* habia *sobrenatural*, y que M. D*** con firme creencia recibiese aquello como *algun aviso*.

Cuatro dias despues, vió M. D*** el espectro aparecido, sin alterarse de suerte alguna en cuanto á su manera, forma, ni color. Siempre fué tarde por las noches cuando le observó, y regularmente hallándose solo.

Era hombre dilatadamente instruido en fisiología; pero sentíase incapaz de todo punto sin saber á qué género de desórden y á qué parte referir el fenómeno; y asimismo quedé yo cuando vino á consultarme sobre el particular. Una vez estuvo conmigo durante la presencia del fantasma. Examiné sus ojos con una vela para ver si los interrumpidos movimientos del iris indicaban alguna alteracion improvisa de las funciones del nervio óptico; pero las pupilas se contraian y dilataban con perfecta regularidad.

Sin embargo, habia una sola cosa comprobada, y era que su estómago desde algun tiempo estaba algo desarreglado, cuya intima conexion en sus funciones con las del sistema nervioso es bien sabida de todos.

Mas ¿por qué habia de ver espectros? ¿por qué tomaba y retenia la figura de un perro y un color tan impropio de este animal? ¿por qué se le adheria tan tenazmente, y por fuerza el mismo en los varios intervalos ocurridos despues de su aparicion? ¿por qué habia él de oír ó imaginarse que oía verdaderos sonidos? Preguntas eran estas á las cuales yo no daba mejor respuesta que M. D***, ni probablemente la dará el lector.

He visto y conocido otros sujetos aquejados de espectros, casos no desemejantes del arriba expuesto, habiendo excitado grande alarma y horror en el pecho de otras personas dotadas de firmeza y juicio inferiores á los que desplegó M. D***

La lectura de la precedente narracion dió margen á que fuese corroborada con el informe siguiente de un

fantasma idéntico, visto por uno de mis amigos científicos, y cuya carta continúo aquí, no dudando que el público la considerará interesante.

Blackheath, diciembre de 1830.

Mi apreciable amigo: Aunque el *Perro fantasma* es algo risible, yo lo he leído con mucho interés, porque me recuerda vivamente un lance semejante de mi propia vida.

En mis primeros años, como frecuentemente me habrá Vd. oído decir, fuí un infatuado investigador de la piedra filosofal. Residia entonces inmediato á Bristol, y tenia un trastero en mi habitacion, dispuesto segun mi capricho por un estilo muy tétrico.

Pronto le atesté con los trébejos de mi oficio, con un sin fin de crisoles, retortas, fragua, etc., etc. Jamás permitia que la luz del sol dispase las misteriosas tinieblas que cobijaban mi laboratorio, sino que mantenía continuamente ardiendo, colgada del techo noche y dia, una antigua lámpara romana.

Eché tres cerraduras diferentes á la puerta, y tomé por cerca de tres años tales precauciones, que descansaba satisfecho yo mismo de que ninguno entraba en el cuarto, exceptuando un singular viejo entusiasta que me inspiró aquella locura, pues tal debo llamarla. Usted sabe muy bien que gran parte de mis cortos haberes fué despilfarrado en mis afanes tras aquel ridiculo intento. Pero vamos al caso.

Terminaba mi presurosa comida á las cinco de un domingo en la tarde, cogí una vela, y corriendo me empecé en el laboratorio, del que solo para comer me habia ausentado no mas que media hora. Al abrir la puerta y entrar, ví con tanto asombro como alarma distintamente la figura de una viejezuela, agachada, de muy pálido rostro y con capa encarnada.

Estaba cerca del hogar y con ambas manos se apoyaba en un baston. Poco me faltó para dejar caer el candelero, esforzándome no obstante en ponerlo algo firme encima de la mesa colocada entre mi huésped misteriosa y yo. Habléla, y ninguna respuesta obtuve. La figura no se movia, ni siquiera me miraba.

Dí una fuerte patada en el suelo, pegué de nudillos en la mesa, la meneé con mis dos manos, mandé salir á la vieja; pero en balde. A la altura de mi codo en una alacena, habia contiguos un vaso y una botella de algo espirituoso, de aguardiente, si mal no recuerdo. Llené el vaso, me lo bebi, y como todavía permaneciese allí la figura de pié ante mí tan clara é inmóvil cual siempre, comencé á sospechar si seria meramente un fantasma ocular.

Me restregaba los ojos y metia en ellos los puños hasta que parecian arrojar espadañadas de luz; mas al abrirlos otra vez, dirigiendo la vista al paraje donde habia estado la aparicion, allí mismo subsistia aun. Marché hácia ella algo medroso, pues precisamente ocupaba el puesto de mi sillón, en ademan como á punto de sentarse.

Fuime derecho á la figura, y traspasándola materialmente, me senté en el sillón. A pocos instantes abrí los ojos, habiéndolos cerrado en el acto de sentarme; y observé la figura apartada unos seis piés frente por frente de mí.

Me levanté y ella se desvió mas. alcé mi brazo derecho en actitud amenazante, é hizo lo mismo; levanté el otro brazo, y lo propio ejecutó la vieja; me moví hácia ella, y se retiró, y á todo esto sin mirarme jamás. Examiné al sitio en que primero estuvo de pié, de forma que otra vez quedaba la mesa interpuesta entre los dos.

Ya me puse mas agitado que nunca; pero cuando la figura empezó á acercarse en línea recta, y en ademan de venirme encima sin inclinarse á *ningun lado* de la mesa, del modo que los israelitas atravesaron el mar Rojo, perdí enteramente mi presencia de ánimo. Me tomó un vértigo ó basca, y abandonándome al asiento, me desmayé. Cuando volví en mí, el espectro habia desaparecido.

Nunca mas desde entonces he visto la figura, ni cosa semejante; pero tales espectros no son nada raros entre los hombres estudiosos de temperamento nervioso é irritable y una propension imaginativa.

Conozco á un *baronet* literato, que algunas veces tiene en su estudio un tropel de ellos, y estando en casa jamás siente con tanta intensidad cuando se ve rodeado de estos entes aéreos.

Puede Vd. hacer, amigo, el uso que guste de esta carta, quedando siempre suyo afectísimo. — W. G.

El Canario.

I.

En aquella época en que se desmoronó y vino á tierra la antigua monarquia francesa, envolviendo en su ruina tantas familias, vivia el caballero de Erlau con la suya á la otra parte de las orillas del Rhin. Era este caballero tan humano y generoso como virtuosa y amable su esposa; y sus dos hijos, llamados Carlos y Lina, se parecian en un todo á sus padres. A la primera noticia de esta tormentosa revolucion que costó tanta sangre y tantas lágrimas á la Europa entera, abandonó el señor de Erlau la capital, y se fué á habitar un castillo retira-

do que poseía en el departamento del Bajo Rhin.

Allí, solitario, en medio de una aldea que le pertenecía, y exclusivamente consagrado al cuidado de sus posesiones, que rodeaban por todas partes vistosas colinas, abundantes viñedos, campos fértiles en granos y árboles frutales de toda especie, vivía con su familia, enteramente extraño á los grandes sucesos que se agitaban en el mundo, y en el seno de una paz inalterable.

Sus vasallos, que le amaban como á su bienhechor, se regocijaban al verle permanecer tan largo tiempo entre ellos, acostumbrados, como estaban, á tenerlo cerca de sí tan solo algunas semanas en cada año. Las utilidades que les proporcionaba su larga mansion en la aldea, eran indecibles: y aunque todo el terreno que la rodeaba parecía ya, antes de su venida, un continuado jardín, sus desvelos y su cuidado le convirtieron bien pronto en un ameno paraíso.

Este excelente padre cifraba todas sus delicias en consagrarse á la educacion de sus amados hijos. Ningunos momentos eran para él tan agradables como aquellos que empleaba en instruirles en la verdadera religion, único poder capaz, en su concepto, de acostumbrar al hombre á la verdad, de darle un verdadero valor, hacerlo feliz y consolarlo en sus tribulaciones y en la hora de su muerte.

Su esposa, á quien animaban iguales sentimientos, no dejaba de asistir nunca á estas lecciones, y su corazón piadoso y sensible hallaba siempre alguna juiciosa observacion que añadir á las palabras de su marido. Este hablaba siempre con un acento de profunda emocion, acerca de aquella época de turbacion y de desorden, en que todo era preciso esperar de la divina Providencia y de la justicia de Dios: y madama de Erlau por su parte, al mirar aquellos inocentes niños que debían unirse algun día á una sociedad tan desorganizada, y al pensar en aquel amor dulce é inefable que absorbe en sí todos los demás, no podía menos de derramar lágrimas mezcladas de dolor y de alegría, comunicando á sus palabras un fuego sobrenatural y una deliciosa ternura.

Sus niños la escuchaban con la mayor atencion, y se enternecian muchas veces al oírle hablar: de suerte que en medio de tan dulce intimidad, esta virtuosa familia pasaba una vida feliz y pacífica, á despecho de la horrorosa tormenta que asolaba los reinos vecinos.

Además de estas instrucciones religiosas, que consideraba como las mas importantes para formar el corazón de sus tiernos hijos, este excelente padre no se descuidaba en procurarles todos aquellos conocimientos que tan necesarios son en el comercio del mundo; antes por el contrario, se dedicó con el mayor esmero á cultivar sus entendimientos, enriqueciéndolos con aquellos tesoros que hacen despues el encanto de la vida.

Poseía el señor de Erlau, entre otras habilidades, la de tocar perfectamente el clave, y su voz era tan meliflua, que solo su esposa podía competir con él en el canto, cuyo arte poseía con perfeccion. Así que enseñó á su hijo Carlos á tocar el clave, y el canto á su hija Lina.

La música y las canciones llegaron á hacerse con el tiempo el recreo habitual de aquella familia durante las largas veladas del invierno. Una noche de las últimas de esta estacion, estaba reunida toda la familia en un salon bien iluminado y abrigado, al rededor de su clave favorito.

El señor de Erlau se habia entretenido en componer una cancion para sus hijos: le habia adaptado un aire fácil y agradable, y el acompañamiento estaba dispuesto de manera que los pequeños dedos de Carlos alcanzasen á ejecutarle en el clave. Madama Erlau estaba ignorante de todo esto. Despues que ella hizo resonar su voz pura y melodiosa en un trozo original, que su marido le acompañaba con el violín, exclamó este:

— Ahora os toca á vosotros, Carlos y Lina: obsequiadnos, pues, con vuestro gracioso concierto.

Carlos se sentó entonces al clave, comenzó á tocar, y su hermana con una voz débil, pero llena de gracia, cantó con mucho sentimiento aunque algo trémula, los versos que siguen:

Yo no perderé el valor
Ni en la misma adversidad,
Porque á tí, Dios de bondad,
Tributo mi puro amor.

Cruza el rayo fulgurante
Y el firmamento estremece;
Mas hablas tú y enmudece
El orbe todo al instante.

Si tu brazo omnipotente
El mundo destruye un dia,
Adorará el alma mia
Tu voluntad reverente.

Feliz quien el sacrificio
Te ofrece del corazón:
A su eterna salvacion
Fabrica el santo edificio.

Yo no perderé el valor
Ni en la misma adversidad,
Porque á tí, Dios de bondad,
Tributo mi puro amor.

Encantada quedó la señora de Erlau al oír á sus queridos hijos; ningún concierto, en medio de la corte y de los salones de palacio, le habia hecho sentir nunca tan dulces emociones: tendió los brazos á sus dos niños y exclamó con la mayor emocion:

— Dios, que os ha protegido hasta aquí, será mas tarde vuestra guia y vuestro apoyo.

En este momento se abre precipitadamente la puerta del salon, y algunos guardias nacionales, armados y vestidos con sus uniformes, se precipitan en él, trayendo su jefe un decreto de prision contra el señor de Erlau y la orden de llevarlo sin tardanza á una de las prisiones de la capital. En este decreto se decia que el señor de Erlau era partidario de la monarquía y enemigo de la libertad.

Los ojos del oficial que lo traía eran negros y animados de una expresion siniestra: manteníase de pié en una actitud amenazadora, y todos los ruegos, las lágrimas y las súplicas de la señora de Erlau y de sus dos niños, que se arrojaron á sus piés intercediendo por su buen padre, no fueron capaces de alterar su continente brusco y severo. Todos sus llantos y sus esfuerzos fueron inútiles, y en vano solicitaron la espera de un dia, ni de una hora siquiera para preparar los objetos necesarios al que va á ser constituido en una prision por un tiempo indeterminado.

El desgraciado padre se vió obligado á partir inmediatamente; su mujer lo estrechaba en sus brazos; sus hijos abrazaban sus rodillas; pero él se desprendió con valor de tan caros objetos, y siguió á los guardias nacionales que lo esperaban para conducirle á su prision, situada á poca distancia del castillo.

La desesperacion de la señora de Erlau y sus dos hijos llegó á su colmo cuando le vieron partir. Toda aquella noche se mantuvieron en vela, procurando que no se difundiese la noticia de aquel arresto en la aldea, donde el señor de Erlau era amado como un padre.

Destrozada por el dolor y levantadas sus manos al cielo, se sentó por fin la señora de Erlau en un sillón, y sus niños se abrazaron á ella llorando. Entonces, volviendo en sí y dirigiéndose á ellos, les dijo:

— No perdamos, hijos míos, la confianza que debemos tener en Dios. El es quien nos envía las desgracias que nos agobian; pero tambien nos dará fuerzas que basten á soportarlas. Este triste suceso que nos desespera, vendrá á examinarse por su bondad á un buen fin, y no tardará en lucir para nosotros un dia de contento. Consolémonos, pues, y llenos de confianza digamos á cada momento: ¡Oh Dios todopoderoso, hágase siempre tu voluntad!

II.

La señora de Erlau no se ocupaba de otra cosa que de los medios que debia emplear para salvar á su marido, á cuyo efecto se dirigió á la ciudad tan pronto como vió sus puertas abiertas. Corrió á casa de los jueces, y les aseguró de la inocencia del conde; invocó el testimonio de todos sus vecinos, é hizo ver como vivía tranquilo y separado del mundo sin mezclarse en asuntos políticos de ninguna especie.

— Todos nuestros vasallos pueden atestiguarlo, decia, arrojándose á sus piés; pero su dolor y sus ruegos produjeron el mismo efecto que si los hubiera dirigido á seres inanimados.

Todos aquellos á quienes se presentó permanecieron frios é impasibles, sin haber podido obtener de ellos ni aun el permiso de visitar á su marido en la prision. Todo lo mas que logró saber fué que pereceria dentro de algunos dias en el cadalso.

Tres habia empleado la señora de Erlau en todas estas diligencias; y cuando volvió á su castillo, lo halló todo ocupado por soldados.

Estos se habian apoderado del dinero que habia en él, habian saqueado el edificio y lo habian hecho cuartel.

Se le prohibió absolutamente la entrada, y tuvo que alejarse de él con el corazón traspasado de dolor, llamando por todas partes á sus hijos, y sin que nadie supiese qué habia sido de ellos y de sus criados.

La noche se acercaba entre tanto y la pobre señora no sabia qué hacer, ni adónde dirigir sus pasos.

En estos momentos se encontró con ella Ricardo, su antiguo y fiel servidor, que acercándosele con el mayor interés le dijo:

— Vos no sabeis, sin duda, mi noble y excelente señora, que correis gran peligro de ser arrestada de un momento á otro. Las gentes que han invadido vuestra casa han dejado escapar en mi presencia algunas expresiones sugeridas por su despecho y que revelaban la injusticia, la crueldad y la opresion mas tiránica, oculta bajo la máscara y las apariencias de libertad. No teméis, señora, otra salvacion que una pronta huida: en mi habitacion seria imposible ocultaros: no lo es menos para vos el salvar á vuestro esposo; y el permanecer aquí mas largo tiempo no serviría mas que para perderos. Vuestros niños están seguros en mi casa. Seguidme, pues. Mi hermano el pescador, que habita junto á la orilla del Rhin, está ya prevenido. Yo os llevaré

esta noche á su cabaña, y él os conducirá con vuestros hijos á paraje seguro hácia la otra parte del Rhin.

Accediendo á estas insinuaciones la señora de Erlau, se decidió por fin á refugiarse en casa del buen Ricardo, cuya habitacion estaba situada en medio de la aldea; pero un nuevo motivo de pena le esperaba allí.

Lina se habia conmovido de tal suerte con las catástrofes ocurridas en el castillo, que el dia mismo en que su madre salió de él para pasar á la ciudad, se vió obligada á quedarse en cama. Su enfermedad habia hecho progresos hasta aquella noche, en términos que una fiebre ardorosa abrasaba la sangre de la pobre niña, y deliraba sin conocer siquiera á su madre.

Ella no quiso ya separarse del lecho en donde veía postrada á su querida hija, hasta verla enteramente restablecida por sus mismos cuidados; pero el médico, que estaba presente, la disuadió de esta idea.

— Vuestra presencia seria inútil, le dijo, porque su enfermedad durará ya muy poco, y vuestra hija no pertenece ya á este mundo. La muerte se ha apoderado de ella, y vuestro deber es ahora pensar en vos misma.

Desesperada, pálida y con los ojos inundados en lágrimas la triste madre se mantenía al lado de su hija, sin poder decidirse á abandonarla. El médico le dirigió algunas palabras con el fin de animarla, y la tomó suavemente del brazo para sacarla fuera de aquella casa.

Ella dió con efecto algunos pasos hácia la puerta, pero volviendo atrás precipitadamente se echó llorando en los brazos de su hija, exclamando con acento de desesperacion:

— No, mi querida hija, yo no puedo abandonarte. Poco importa á tu madre su desgraciada existencia. Quiero morir contigo.

El viejo Ricardo y su buena mujer la suplicaban juntando sus manos que partiese sin tardanza, prometiéndole que cuidarían de su hija como si fuese suya propia.

— Ya está bastante entrada la noche, dijo Ricardo: á favor de su oscuridad es muy posible escapar de la persecucion de esos malvados. Cada minuto de tardanza aumenta el peligro, y podria costar la vida, no solo á vos, mi buena señora, sino á mi mujer y á mí mismo. El recibir en su casa una persona sin conocimiento de la autoridad es ahora mirado como un gran crimen, y se castiga con la pena de muerte.

— ¡Sea en buen hora! exclamó entonces la desgraciada madre dirigiéndose á su hija; toda vez que yo no puedo servirte de nada en este mundo, y que mi presencia no haria mas que causar la ruina de estas buenas gentes, me alejo de este sitio, recomendándote á la Providencia divina. ¡Adios, mi querida, mi adorada Lina! Sube á la mansion de la paz, á aquella morada en donde la inocencia está libre de persecuciones, donde el llanto es desconocido, y nadie turba la paz de los corazones que aman á Dios.

El niño Carlos, que habia permanecido al lado de su madre, tomó llorando la mano de su hermana, y le dijo:

— Sé feliz, mi buena Lina, que eres ya llamada al cielo en medio de los ángeles: allí estarás mil veces mejor que en este mundo, en donde estamos condenados á vivir en continuos temores y agonías. ¡Oh, que no pudiese yo partir tambien en tu compañía!

La señora de Erlau se arrojó antes delante de aquel lecho de dolor y levantando los ojos al cielo, exclamó con una profunda emocion:

— ¡Dios mío! recíbe en tu seno á esta infeliz víctima digna de toda tu compasion: y despues de un momento de silencio se levantó precipitadamente, abrazó á su hija, tomó á Carlos de la mano, y se dirigió á la puerta, trémula y conmovida, sin volver la vista hácia atrás.

En aquel momento la pobre señora habia ya tomado una firme resolucion. Su fiel criado la habia provisto, sin conocimiento suyo, de los objetos necesarios para el viaje, y cargado con el fardo que los contenia, caminaba no sin gran trabajo.

La desgraciada madre le seguia con otro paquete bajo el brazo y daba la mano á Carlos, que llevaba tambien un saco de poco peso. La oscuridad de la noche, y el fuerte viento que se habia levantado, favorecian no poco su fuga; y además la lluvia caía á torrentes sobre los tres infelices viajeros.

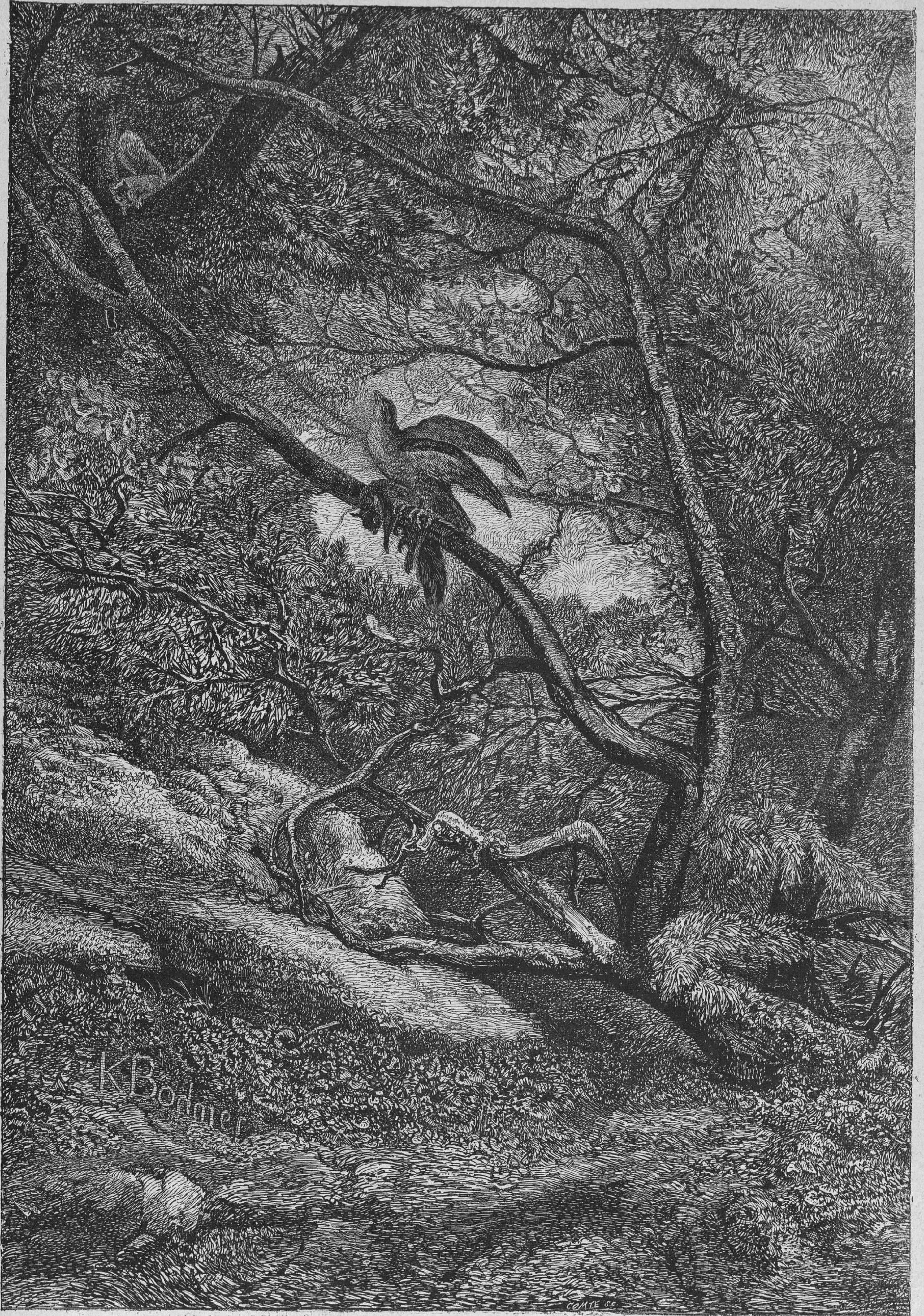
— Este viento, esta lluvia y esta profunda oscuridad, dijo el viejo Ricardo despues de haber guardado todos el mayor silencio, son señales visibles de la misericordia del cielo. Ellos nos sustraen á la vista de nuestros perseguidores. Si la luna brillase corriamos peligro de ser descubiertos muy fácilmente. Así, lo que ahora nos parece un contratiempo, se convierte en utilidad nuestra. Lo mismo sucede con todas las penas, las amarguras y las tribulaciones de esta vida.

Llegaron por fin á la morada del pescador, y entraron en su reducida cabaña, toda llena de humo, en medio de la cual ardía una pequeña lámpara que la iluminaba con débil claridad.

El buen hombre les recibió con una cariñosa franqueza, y mientras que con la ayuda de Ricardo echaba al agua su bote, su mujer servía á los nobles proscritos algunos alimentos comunes. Llenos ambos de terror y transidos de frio, apenas conservaban aliento para comer.

Ricardo y su hermano no tardaron en volver, y entonces se pusieron en camino para ganar el río. La luna, que estaba entonces en su cuarto menguante, acababa de salir en aquel momento; y asomando de tiempo en tiempo por entre las espesas nubes que la velaban, neutralizaba un poco con su plateada luz el triste efecto de la oscuridad de la noche.

(Se continuará.)



El ave de rapina y la ardilla, composición de K. Bodmer.

Teodoro Rousseau.

La escuela francesa acaba de tener una pérdida considerable. Teodoro Rousseau, el eminente paisista, ha muerto en Barbison, el 22 de diciembre último, como si dijéramos en medio de los bosques cuya poesía constituye el principal hechizo de sus cuadros.

La vida de Teodoro Rousseau es fácil de contar, pues se halla resumida en sus obras. Nacido en Paris el 15 de abril de 1812, comenzó á pintar á catorce años. Después de haber tenido diferentes maestros Rousseau expuso por primera vez en 1831: tres años después obtuvo una medalla de tercera clase, y su cuadro titulado *la Ladera de un bosque* fué comprado por el duque de Orleans. En 1835 le cerraron implacablemente la puerta de las exposiciones: ¿Y cuál era su crimen? Veía la naturaleza de otro modo que los miembros del jurado, la estudiaba en su verdad, y en sus seducciones, la amaba por su gracia familiar y también por los espectáculos grandiosos ó terribles que ofrece al observador cuando el sol en el ocaso tiñe el cielo de un color de púrpura, cuando el viento desencadena la tempestad y sus iras por los valles y por los montes. Todo esto era demasiado nuevo, demasiado imprevisto, y Teodoro Rousseau desterrado de las exposiciones anuales debió esperar en el retiro á que le llegase su hora.

Esta hora llegó en 1848 cuando la revolución acabó con el jurado que formaban los miembros del Instituto. Desde aquel día Rousseau pudo exponer, y aunque en sus obras se note aquí y acullá algún desfallecimiento, tuvo la felicidad de triunfar casi siempre. Caballero de la Legión de Honor en 1852, fué nombrado oficial cuando la Exposición universal de 1867. El jurado in-



Teodoro Rousseau.

ternacional le concedió una de las grandes medallas, colocándole así en la primera línea de la escuela francesa. ¿Había cambiado Rousseau? No; era siempre el mismo intérprete de la naturaleza serena ó tormentosa, el pintor de claros cielos, el armonista prendado de la grande unidad de los campos, de las aguas y de los bosques. Lo que había sucedido era que el público comprendía

ya lo que antes no había comprendido.

Teodoro Rousseau deja un número considerable de cuadros, pues fué tan fecundo como variado en sus elocuentes inspiraciones.

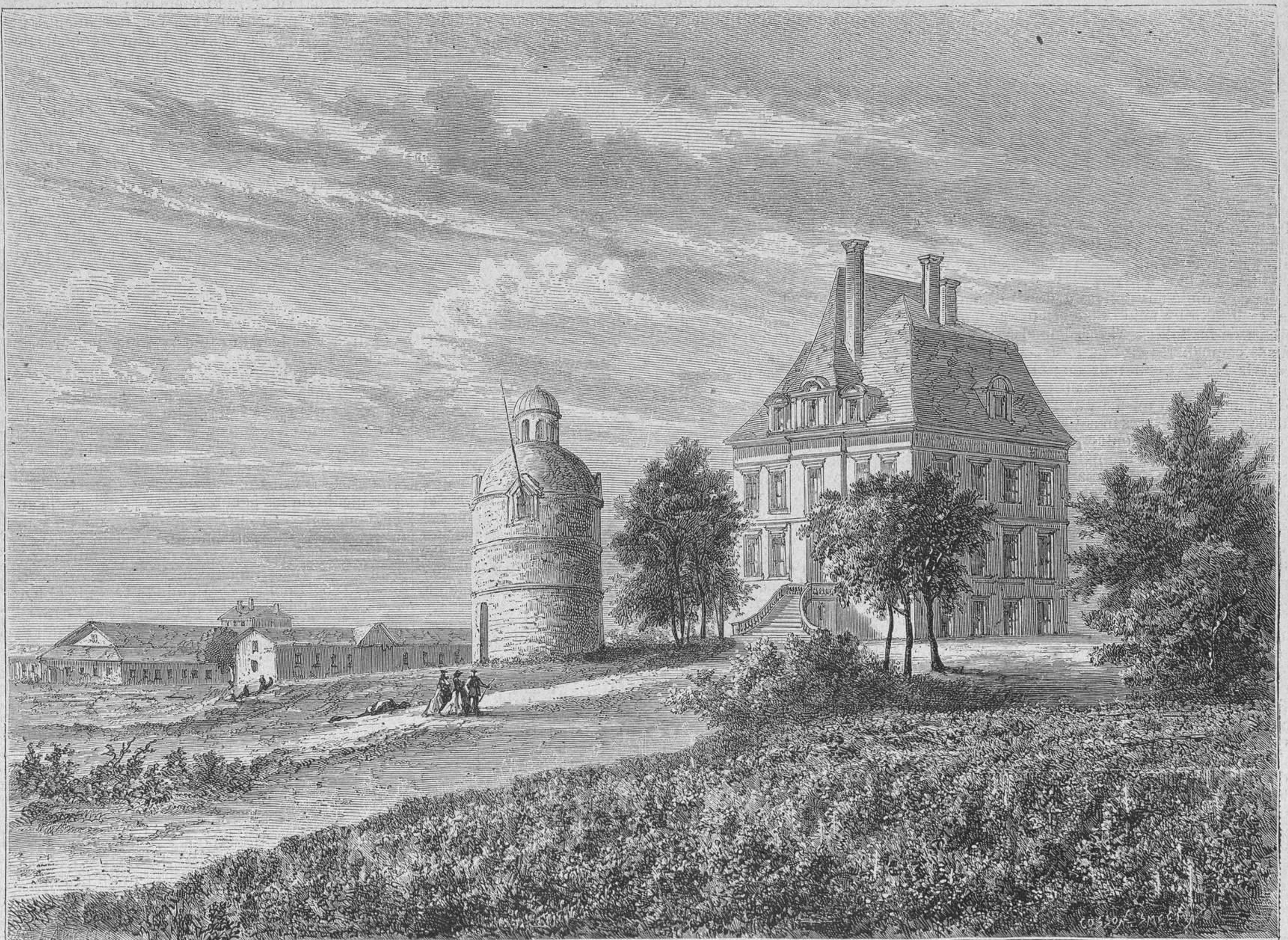
P. M.

Los vinos de Burdeos.

CHATEAU-LA-TOUR Y HAUT-BRION.

La posesion de LA-TOUR situada en el pueblo de Pauillac produce el vino tan justamente célebre que rivaliza con el CHATEAU-LAFITE y el CHATEAU-MARGAUX. Ordinariamente la Inglaterra es la que arrebatata los vinos de CHATEAU-LA-TOUR, por los que manifiesta una predileccion particular. Embarcado en sus buques que hacen la travesia de la India, este vino precioso vuelve muy mejorado, y es entonces lo que llaman CHATEAU-LA-TOUR, RETOUR DES INDES. La fama hoy universal del CHATEAU-LA-TOUR, tiene ya fecha, puesto que el rey Luis XV le tenia por uno de los mejores vinos.

LA-TOUR fué antiguamente un puesto avanzado en el Gironda, cuya posesion no carecia por cierto de importancia. Cuando las guerras con los ingleses, su dueño dió paso al ejército de Chandos y entonces Du Guesclin puso á LA-TOUR, la tomó á viva fuerza y para castigar la felonía arrasó completamente la fortaleza. Cuenta la tradicion local que obligado Chandos á retirarse á toda prisa ante el vencedor, sólo tuvo tiempo para enterrar en un sitio contiguo al castillo una gran cantidad de dinero que destinaba al abastecimiento de sus tropas. Lo cierto es que en la torre de Lóndres se ha encontrado un plano antiguo donde consta esta accion de Chandos y que va-



Los vinos de Burdeos. — Chateau-Latour.

rias compañías se han formado en Inglaterra para obtener de los propietarios el permiso de hacer excavaciones; mas hasta el día ninguna de las pesquisas practicadas ha dado fruto.

Actualmente solo queda de aquellos esplendores feudales una vieja torre aislada; pero se ha construido allí un palacio que domina el Gironde y desde el mar se descubre un risueño paisaje.

CHATEAU-LA-TOUR pertenece indiviso á los miembros de las familias de Flers, de Beaumont, de Gravelle y de Courtivron.

La posesion de HAUT-BRION se halla situada en el canton de Pessac, cerca de Burdeos, *apud Pessacum propé Burdegalam*, como se dice en los antiguos pergaminos de los señores de *Haubrion*. El abate Beauvin, autor de las *Varietades bordelesas* dice lo siguiente:

« Hay algunas casas de campo en Bessac, que pertenecen á ciudadanos de Burdeos y donde se encuentran riquísimos vinos. » El CHATEAU DE HAUT-BRION era célebre en efecto, hacia tiempo, por la excelencia de sus productos vinícolas, y ya en el siglo XVI le hallamos en la posesion de Juan Segur, de quien pasa sucesivamente á manos de los Pontac, y otras poderosas familias de Guienne, los marqueses de la Tresne y los condes de Fumel.

HAUT-BRION perteneció despues durante algunos años á M. Talleyrand-Perigord, y en nuestros días este hermoso dominio reconstruido como se hallaba en los tiempos de su mayor esplendor, es propiedad, de M. Amadeo Larrieu, ex-diputado del Gironde, consejero general del departamento y miembro del consejo municipal de la ciudad de Burdeos. M. Amadeo Larrieu, trabaja incesantemente por conservar á los vinos de CHATEAU-HAUT-BRION su buena y antigua fama. La produccion, por término medio, de este viñedo, que forma con LAFITE, MAGAUX y LA-TOUR la primera clase de los vinos tintos del Gironde, será de 110 toneles, cuando hayan surtido efecto todas las mejoras ya planteadas. Situado á dos kilómetros de Burdeos, en el camino de esta ciudad á Pessac y á la Teste; el dominio de HAUT-BRION ha tomado una importancia muy considerable desde que ha subido tanto el valor de las tierras en las inmediaciones de Burdeos. El palacio está edificado al pié de las cuestas redondas en donde se hallan las viñas, y además de las dependencias ordinarias, tiene un invernáculo, y sus construcciones de estilo Luis XIII en muchas partes ofrecen un conjunto notable. El parque con sus magníficas avenidas es uno de los mas bellos y grandiosos del departamento.

C. DE L.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

A falta de caballeros, Leonor hacia siempre las veces de hombre; en todas las travesuras ejecutadas por los jóvenes y que requerian valor y resolucion, era ella la que se dirigia á la comitiva.

Un día condujo á sus amigas á una milla de distancia del castillo, á un sitio desde el cual suponía que se disfrutaba de magníficas vistas. Por el camino hizo entrar á sus compañeras en una hosteria de la aldea y les hizo servir leche y pan moreno; al caer la tarde, las condujo muertas de cansancio en un carricoche que alquiló, guiándolo ella misma puesta en pié.

Trataba á los caballeros mas jóvenes que ella con aire de proteccion, se hacia contar por ellos historias de caballos, y en una escena dramática se presentó un día, con gran sentimiento de su madre, vestida de hombre, con un latiguillo de montar en la mano y un bigofito postizo que sabia rizar perfectamente. Tenia de esta manera un aire tan gentil, que la baronesa á pesar de todo no tuvo valor para reprenderla seriamente.

Si alguien habia en el castillo que no estuviera satisfecho de este nuevo género de vida, era la baronesa. Ocupaciones y distracciones sin número absorbían el tiempo á su marido, y aun este mismo parecia que no disfrutaba de la calma y de la tranquilidad de que gozaba en otro tiempo. Iba con frecuencia á la ciudad, pasaba muchas noches en el casino, y antiguos camaradas de regimiento que permanecian solteros, le arrastraban frecuentemente á sus diversiones.

Hacia negocios con Ehrental y se divertía en sociedades de las que en otro tiempo no habia hecho gran caso. Este cambio de vida del baron no llamaba la atencion de las gentes, pero no pasaba desapercibido á los ojos de una mujer que amaba tiernamente á su marido. Sin embargo acabó tambien por comprender que hacia mal en aligirse por ello.

Por este tiempo, un suceso notable vino á llenar de gozo su corazón de madre. Su hijo Eugenio, despues de un brillante exámen, anunció su visita para tener el gusto de mostrar sus charreteras á toda la familia. La baronesa hizo alhajar de nuevo la habitacion de su hijo, y el baron hizo colocar en ella, como regalo, un magnífico armario, en el que habia varias escopetas y todos los arreos de caza. Cuando se acercó el momento

en que Eugenio debia llegar, el baron se deshacia de impaciencia en tal disposicion, que mandó ensillar el caballo para ir al encuentro de su hijo hasta la aldea inmediata.

Cuando al fin, una nube de polvo que se levantó en el camino real anunció al baron la proximidad de su hijo y vió delante de él la arrogante figura del teniente de húsares, que tanto se parecia á su esposa, echó pié á tierra con la vivacidad de un joven. En seguida su hijo hizo otro tanto y los dos se abrazaron entrañablemente. Habia en sus maneras un no sé qué de nobleza y caballeridad que daba gozo mirarlos.

Despues de los primeros saludos, de preguntas y respuestas, Eugenio dijo á su padre:

— Te traigo buenas noticias del regimiento, y tambien tengo encargo del coronel para que te haga presente su afectuoso recuerdo.

— En su juventud era un verdadero diablo.

— Pues hoy es un verdadero gruñon, dijo Eugenio. Nuestros ascensos serán rápidos. Waldorf se verá obligado á dejar el servicio, porque de día en día está mas delicado del pecho, Bandouin Trouka pide el cambio de regimiento porque ha tenido una cuestion algo seria con el mayor; eso ya te lo contaré mas despacio; y Stallinger heredará el mayorazgo de su tío, el cual, segun dicen, está moribundo, y cuando este fallezca será excesivamente rico. Se habla de 20,000 escudos de renta.

— Eso es muy exagerado, dijo el padre. El mayorazgo no es mucho mayor que nuestra posesion.

— En todo caso, dará su caballo capon al capitán del tren, repuso Eugenio. Nos ha ofrecido un gran banquete. Pero, hablando de otra cosa, padre mio, ¿ cómo encuentras mi caballo bayo?

Se detuvieron delante del patio y el teniente hizo caracolear á su caballo. El baron como conocedor lo examinó, expresó su satisfaccion y dijo en seguida:

— Vamos á sorprender á esas señoras.

Pero cuando entregaron sus cabalgaduras al palafrenero, ni el padre ni el hijo pudieron menos de entrar en un momento en la cuadra. Primero pasaron revista á los caballos de montar, y luego á las bestias de labor. El teniente acarició con aire protector á los caballos que ya conocia, y con gran contento de su padre, emitió con un laconismo militar opiniones muy acertadas sobre el mérito de tal ó cual corcel. El padre y el hijo, animándose poco á poco, se contaron el uno al otro anécdotas del *sport*, el baron con la calma de un antiguo domador de caballos, y el teniente con la verbosidad de los pocos años, encantado como lo estaba de hacer gala de sus conocimientos en equitacion en presencia de la experimentada ciencia de su padre. A la vista del poney de Leonor, el padre y el hijo recordaron al mismo tiempo que las señoras los esperaban, y salieron apresuradamente de la cuadra para dirigirse al castillo.

En el cenador cubierto de rosas, la baronesa estrechó á su hijo contra su corazón, en tanto que Leonor daba palmadas en los hombros de su hermano.

En este momento reinaba una verdadera alegría en el castillo. Los ojos de los barones de Rothsattel radiaban de orgullo siempre que fijaban la vista en la noble fisonomía del teniente.

Al observar en él ciertos ademanes y al oír ciertas expresiones que trascendian demasiado á picadero, la baronesa se contentaba con sonreirse ligeramente; porque desde tiempo inmemorial, empezando por la cuadra, el caballero adquiere gradualmente las formas mas dulces y graciosas del salon.

En el círculo de los jóvenes, Eugenio se conquistó en seguida el primer lugar; en todas sus diversiones y juegos, le elegian siempre á él con preferencia por su compañero. Hizo sus visitas á los dueños de los castillos inmediatos, dando esto lugar á muchas invitaciones, de modo que las fiestas se sucedieron sin interrupcion.

Si esta vida de incesantes placeres tenia su atractivo á los ojos del baron, por otro lado veia con dolor que sus recursos estaban muy lejos de bastar para cubrir el aumento prodigioso de sus gastos. Los productos de sus bienes que durante veinte años le habian bastado, no estaban en armonía con sus necesidades presentes. Su estancia en la ciudad durante el invierno, las relaciones contraídas, cuyo círculo tendia á dilatarse de día en día, las charreteras de su hijo, los vestidos de *crepe* y los encajes de Leonor, y finalmente, las sumas que se habia visto obligado á añadir á sus créditos hipotecarios para pagar los intereses en el banco provincial, eran otras tantas cargas onerosas para él.

Todo esto no solo no aseguraba sino que no le permitia aumentar el producto de sus rentas, esperado á menudo con impaciencia y hasta cobrado por adelantado. Mas de un proyecto razonable concebido en otro tiempo, fué abandonado entonces. El baron habia pensado plantar pinos en las llanuras estériles y areniscas, á lo largo de los límites de su propiedad, y se vió obligado á desistir de su proyecto ante los gastos, aunque de poca consideracion, que exigia esta evidente mejora, y la amarillenta arena de las llanuras continuó brillando á la luz del sol sin dar producto.

Mas de una vez se habia visto obligado á abrir el elegante cofrecillo donde guardaba sus créditos hipotecarios y sacar algunos números del hermoso pergamino. Siempre que esto sucedia, su rostro se nublabá de nuevo, y una inquietud pasajera oscurecia la serena dignidad impresa ordinariamente en su noble fisonomía.

Pero estas no eran ya las angustias ni los tormentos de tiempos pasados, porque habia adquirido ya cierta habitud práctica en los negocios, y miraba sus apuros pecuniarios con mayor sangre fria. Mas adelante esperaba hallar un medio para salir de ellos; á mal andar se veria obligado todavia á pasar uno ó á lo mas dos inviernos en la ciudad para completar la educacion de Leonor, y entonces se retiraria al campo para entregarse en cuerpo y alma á la economía rural, conociendo que esto no seria por su parte un gran sacrificio.

Para esta época reservaba ocuparse de la ejecucion de sus proyectos industriales, y como buen padre, no pensar mas que en asegurar el porvenir de sus hijos. En el interin, resolvió ir á encontrar á Ehrental y consultarle sobre el particular, á quien, por lo demás, creia tan honrado, como puede serlo un agente de negocios á los ojos de un hidalgo. Para él era una cosa esencial el que Ehrental conociera bastante bien la situacion del baron, y este no tenia respecto á su agente esa reserva que pudiera impedirle hacer penosas confesiones á un extraño.

Esta vez, como siempre, llegó muy á propósito Ehrental á casa del baron. Su aguja con un diamante brillaba todavia en la pechera de su camisa, los cumplimientos exagerados que hacia á la baronesa fueron esta vez mas ridículos que de costumbre, y la admiracion que demostró por las posesiones del baron no tuvo límites.

Este, con el mejor humor del mundo, se paseaba con él por la casa, cuando le dijo repentinamente:

— Ehrental, vais á darme un buen consejo.

Ehrental guiñó los ojos y miró al baron con ademán astuto.

Se habian pasado muy pocos años desde que los dos recorrieron juntos la propiedad de Rothsattel, pero ¿ cómo habian cambiado las circunstancias! En aquella época, el agente se habia visto obligado á ofrecer al activo baron sus consejos con las mayores precauciones y en los términos mas dulces, como se hace tomar una medicina á un niño mimado. Hoy era el mismo baron el que venia á pedirle parecer.

Con la mayor ligereza Rothsattel continuó:

— Este año, mis gastos han sido mayores que en los años precedentes, y me veo precisado á adoptar un medio para aumentar mis rentas. ¿ Qué es lo mejor que podré yo hacer, segun vuestra opinion, para conseguirlo?

Los ojos del agente brillaron de gozo, pero contestó con respetuosa humildad:

— El señor baron debe saberlo mejor que yo.

— Con tal que no sea uno de vuestros antiguos negocios, Ehrental, observó el baron con aire reflexivo. Yo no quisiera ir á partir con vos.

Ehrental contestó moviendo la cabeza:

— No se presentan cada día tan buenos negocios, para que yo pueda en conciencia proponérselos al señor baron. Teneis un capital de cuarenta y cinco mil escudos en créditos hipotecarios; ¿ á qué tenerlos ahí guardados produciéndoos tan poco? Si comprais en la Bolsa una hipoteca segura á cinco por ciento, pagais cuatro al banco, y os queda un beneficio limpio de uno por ciento, ó sean cuatrocientos cincuenta escudos anuales para vuestra caja. Todavía podeis aseguráros de este modo mayores beneficios. Se halla en venta mas de una hipoteca segura á cinco por ciento, con gran ventaja del comprador que puede pagar al contado, y empleando cuarenta mil escudos, tal vez menos, en una excelente finca, puede producir el interés de cuarenta y cinco mil escudos.

El baron contestó:

— Ya lo habia pensado así, pero me inspiran tan poca confianza las fincas que se venden en la Bolsa por vuestros agentes, que me repugna entrar en ese negocio.

Ehrental, haciendo un movimiento con la mano, procuró rechazar la parte de responsabilidad que pudiera tocarle en la interpretacion del mal sentido de la frase, y condenando con acritud la falta de formalidad en las transacciones sobre fincas, añadió:

— A mí tampoco me agradan mucho esas especulaciones. Esas fincas cuya venta se negocia en la Bolsa por medio de los agentes, no es por cierto lo que desea el señor baron: es necesario dirigirle á un hombre seguro. Teneis un escribano que está al corriente de los buenos negocios, y tal vez por su conducto podreis adquirir una finca limpia con buenas condiciones.

— ¿ Teneis noticia de alguna? preguntó el baron, que deseaba de todo corazón que Ehrental se encargara de allanarle el camino.

— No sé de ninguna, contestó el agente con la mayor resolucion. Pero si lo deseais, yo me informaré por bajo de mano, porque todos los días se presentan proporciones. Mientras tanto vuestro notario os informará sobre lo que le parezca mas conveniente; solo que esos señores no quieren sufrir las molestias que ocasionan esta clase de negocios hasta que se concierta la venta, y valiéndoos del notario, tendreis que pagar íntegro el precio de una finca, que por medio del agente podreis obtener con un beneficio de algunos miles de escudos.

Como este beneficio habia adquirido ya á los ojos del baron la mayor importancia, adoptó secretamente su resolucion. Quería obrar con mucha circunspeccion, pero deseaba mas bien comprar una finca que estuviera ya en venta, que encargar la colocacion de su dinero por mediacion del notario, y dijo al agente:

— Esto no corre prisa; si se presenta alguna cosa que convenga, ya me avisareis.

— Me ocuparé de ello, contestó Ehrental con mucha reserva; pero hareis bien, señor baron, en informaros

por vuestra parte, porque ordinariamente yo no me ocupaba en esta clase de transacciones.

Esta asercion podia ser ó no verdadera, pero llenaba á lo menos el objeto que se proponia Ehrenthal, porque esta pretendida ignorancia aumentó en gran manera la confianza del baron.

Ehrenthal procuró en esta ocasion retirarse lo mas pronto posible de casa del baron; no hizo caso de las ovejas de fino vellón, no fijó la atencion en el alegre gorgojo de los gorriones en el alero del tejado, y reprendió al cochero porque iba con mucha lentitud.

— Si mi coche fuera tirado por un caracol, andaria con mayor velocidad, dijo encolerizado agitándose en su asiento.

El cochero resentido dió un latigazo á los caballos, y volviéndose, contestó con bastante groseria:

— Si quereis que vuestros caballos no anden con la lentitud de un caracol, no tenis que hacer otra cosa que darles mas avena, y entonces podreis exigir que galopen por un camino lleno de guijarros.

Al dia siguiente, el baron fué á la ciudad, y rogó á su notario que hiciera las diligencias necesarias para adquirir una finca, sin ocultarle su deseo de obtenerla con algun beneficio.

El notario, como hombre sensato y prudente, le aconsejó seriamente que renunciara á esta clase de beneficio, porque era menester que se convenciese de que no seria fácil conseguir el empleo de su dinero con seguridad traspasando el valor nominal de la hipoteca. Precisamente este consejo predispuso mas al baron á guiarse por su propia inspiracion en este asunto.

Al cabo de algunos dias de todo lo ocurrido, anunciaron en casa del baron á un señor gordo de rostro rubicundo y reluciente, un cierto M. Pinkus, de la capital. Este digno posadero fué introducido en el gabinete-escritorio del baron, y se apresuró á pedirle perdon por su visita indiscreta. Habia llegado á su noticia que el señor baron deseaba emplear algun dinero, y sabia de una hipoteca excelente, extremadamente segura, sobre la que se pedian cuarenta mil escudos, y esta era una gran propiedad situada en una provincia vecina, perteneciente al opulento conde de Zaminsky, que residia en el extranjero.

El territorio en que estaba situada la hipoteca reunia todas las ventajas posibles; se componia de tres ó cuatro piezas de tierra con una llanura de mas de dos millas de extension plantada de árboles, y al decir del narrador, un verdadero bosque virgen.

Habia cuatro aldeas que estaban obligadas á facilitar hombres para el cultivo y caballerias para la labor; cien hogares de las expresadas aldeas pagaban tributo al propietario en dinero contante, y en una palabra, era una propiedad digna de un potentado.

La finca que debia servir de garantia de los cuarenta mil escudos, estaba ya obligada al pago de cien mil francos y de otras seis partidas de menor consideracion, pero sin embargo, bastante respetables.

La hipoteca en cuestion estaba en aquel momento en poder del mismo conde de Zaminsky, que habia encargado á su agente que la vendiera, y esta compra ventajosa podia hacerse, como lo aseguraba misteriosamente Pinkus, por treinta y seis mil escudos.

El único inconveniente que habia, era que la propiedad estaba situada á tres ó cuatro leguas de la frontera, en una provincia donde la economia rural se veia todavia sujeta á ciertas costumbres patriarcales: la ciudad mas inmediata la ponia en relaciones con el resto del mundo por medio de una calzada, y para acabar de una vez, no habia en todo esto, despues de un maduro examen, una sola circunstancia que hiciera malo el negocio, y Pinkus añadió que jamás se hubiera decidido á poner en posesion de un tesoro semejante á un extranjero, si este no estuviese dotado de las recomendables prendas del baron.

Mientras escuchaba las condiciones favorables del negocio que se le ofrecia, M. de Rothsattel mostró toda la reflexiva dignidad de un hombre experimentado. Antes de partir, Pinkus sacó de una gran cartera de marroquí un voluminoso paquete que contenia los titulos de posesion, y lo colocó con arrogancia encima de la mesa delante del baron, para que este pudiera en sus ratos desocupados cerciorarse por sí mismo de la exactitud de todas las indicaciones que acababa de hacerle.

Al dia siguiente por la mañana, el baron se presentó con los documentos en casa de su notario, y le rogó que los examinara, procurando adquirir sobre el particular todas las noticias que fuera posible, y él mismo se dignó subir la negra escalera que conducia á la puerta blanca de M. Ehrenthal.

Este, sorprendido por visita tan inesperada, se despojó á toda prisa de la bata, é insistió vivamente para que el señor baron le concediera el inapreciable honor de desayunarse en su casa.

El baron tuvo la bondad de no rehusar enteramente esta oferta. Habiendo sido conducido á la habitacion mas ricamente decorada de toda la casa, no pudo menos de sonreirse al ver los colores chillones de las cortinas, la felpa encarnada del sofá, el suelo sucio y las paredes cubiertas de malos cuadros pintados al óleo, horriblos mamarrachos que probablemente habian sido comprados en alguna prenderia, y que representaban árboles de oscuro follaje pertenecientes sin duda á algun pais desconocido.

La bella Rosalia, la jóven de cabellera negra como el ébano, se presentó al cabo de algun rato elegantemente vestida, hizo una profunda reverencia, y se puso á arreglar la mesa para el desayuno. Era para el baron un entretenimiento agradable observar el chocante con-

traste que ofrecian las maneras de gran señora de la hija con el aire rastrero y adulator del padre.

Tambien se regocijaba anticipadamente al pensar en la descripcion que, al tomar el té por la noche, haria á la baronesa y á Leonor de esta singular mezcla de lujo y falta de gusto. Sentado en el sofá, dirigia al agente miradas benévolas. M. Ehrenthal, enfrente de él, no podia disimular su alegría, asomando á sus labios una respetuosa sonrisa. Al fin, despues de haber dirigido algunas galantes palabras á la señorita de la casa, dijo el baron:

— Querido Ehrenthal, ¿conoceis por casualidad á un tal Pinkus?

Al oír esta pregunta, preludio, sin duda, de algun negocio importante, la hija desapareció, y el padre se arrellanó en su asiento.

— Sí, señor baron, contestó con frialdad; se dedica á algunos negocios de poca importancia por la parte de Polonia; le creo honrado, pero es un hombre que no tiene significacion.

— ¿Le habeis indicado algo á ese señor sobre mi deseo de comprar una hacienda? preguntó en seguida el baron.

— ¿Cómo quereis que se lo haya dicho? Si ha ido á vuestra casa para proponeros la compra de una hacienda, añadió Ehrenthal, habrá sabido vuestro deseo por medio de algun otro agente de negocios á quien yo habré hablado sobre el particular. Siendo Pinkus un negociante pequeño, ¿cómo ha podido proponeros una compra tan importante?

Expresándose Ehrenthal de esta manera, indicó expresivamente con la mano la poca estatura de Pinkus, y levantando luego la vista hácia el baron, procuró demostrar cuán alto era este al lado del pobre Pinkus.

El baron refirió en seguida qué hacienda le habia propuesto el negociante, y preguntó cuáles eran las tierras y cuál la fortuna del conde Zaminsky.

M. Ehrenthal no pudo facilitar datos muy precisos respecto á esto, pero recordando que conocia á un respetable hombre de negocios que tenia relaciones en Polonia, ofreció buscarle y hacerle ir á casa del baron.

M. Rothsattel aceptó la oferta, se levantó, y Ehrenthal le acompañó hasta el pié de la escalera diciéndole al despedirse:

— Proceded con mucha cautela, señor baron, y mirad bien cómo empleais vuestro dinero. Salen al mercado muy buenas haciendas, pero tambien las hay detestables, y se presentan como ventajosas, negocios que son todo lo contrario. En cuanto á Lœbel Pinkus, es un pobre agente, y no creo que haya gran ganancia en este negocio; pero de todos modos yo le tengo por honrado. Lo que me habeis dicho sobre esa hacienda no me parece mal; pero os suplico encarecidamente, señor baron, que no os precipiteis.

A pesar de no haberle dicho nada nuevo el agente con esta charla, el baron volvió á su casa y aguardó con impaciencia la visita del agente de negocios extranjeros. Este no tardó en presentarse. Era un M. Lœwenberg, negociante en vinos, segun decia, que en su exterior ofrecia el verdadero reflejo entre Ehrenthal y Pinkus, solo que era mas delgado, tenia aire provincial, llevaba un grueso bambú, y estaba con el casquete en la mano. Demostró estar muy al corriente de las tierras, y sobre todo de los negocios del conde Zaminsky.

Contó que el actual poseedor, hombre todavia muy jóven, residia en el extranjero, y que su difunto padre, gran despilfarrador, habia vivido muy desordenadamente. En el dia se habia introducido algun arreglo en los negocios de la casa, el heredero era tenido por hombre de capacidad y muy razonable, y aunque pesaban algunas deudas sobre el patrimonio de la familia, era todavia bastante rico para que esto no le causara el menor cuidado.

El cultivo de las tierras dejaba sin duda mucho que desear, pero se abrigaba la esperanza de que el jóven conde seria hombre capaz de sacar todo el partido posible de sus propiedades y aumentar su valor.

En todo lo que decia el extranjero no se notaba exageracion, y parecia de todo punto muy natural. El negocio se presentaba bajo un aspecto favorable, de modo que cuando el extranjero se despidió del baron, este estaba casi decidido á no desperdiciar tan buena coyuntura. Pero para proceder con mayor acierto y no omitir ninguna precaucion necesaria, fué á pedir informes á un amigo suyo. Las noticias que este le dió, sin añadir nada positivo á lo que él ya sabia, no fueron desfavorables. En el fondo, lo que resultó verdadero era que si el último conde Zaminsky habia sido pródigo, su familia era muy antigua y gozaba de gran consideracion en la provincia. Antes de que el baron regresara á su castillo, Ehrenthal le devolvió la visita y puso en su conocimiento que en las propiedades del conde de Zaminsky la lana de los carneros no era ciertamente de las mas finas. El baron, por su parte, dijo al agente que no resolveria nada sobre el particular hasta que supiese la opinion de su notario.

El reducido despacho de Ehrenthal estaba en la planta baja del edificio, y solo se entraba en él por el vestíbulo. El dia empeza á declinar cuando Ehrenthal entró en el escritorio donde Itzig se fastidiaba teniendo delante un cuadernillo de papel para cartas, aguardando el regreso de su amo. El agente entró tan preocupado que puso el baston sobre la mesa, olvidó quitarse el sombrero y se paseó á lo largo y á lo ancho del aposento vivamente agitado.

Itzig sentia comezon por saber lo que atormentaba en tanta manera á su patron, cuando este se acercó á él con la vista animada.

— Ha llegado el dia, Itzig, en que vas á mostrarme si eres digno de ganar el sustento en mi casa y de ocupar un puesto en mi mesa.

— ¿Qué debo hacer? dijo Veitel levantándose.

— Lo primero ir á buscar á Lœbel Pinkus, y luego hacer que traigan una botella de vino y dos vasos. Despues de esto, te irás, porque por hoy no te necesitaré; pero por via de pasatiempo, procura saber á quién ha escrito hoy á Rosmin el consejero de justicia Horn, ó bien si esto no ha tenido lugar hoy, á quién escribirá mañana. Para facilitarte los medios de conseguir mi objeto, te daré cinco escudos, y si me traes esta noche contestacion, te añadiré un ducado.

Veitel, electrizado con estas palabras, supo ocultar el fuego que le devoraba, y dijo con mucha sangre fria:

— Yo no conozco á nadie en casa del consejero de justicia, y necesito tiempo para relacionarme con alguno de los empleados de la casa. Mañana por la tarde os ofrezco la contestacion; entre tanto guardad el ducado.

— ¡Bien! me conformo. Cuando me traigas la respuesta, ven á la hora que quieras, aun cuando sea media noche, dijo Ehrenthal.

Itzig subió á la cocina, pidió la botella de vino y los dos vasos, y se echó á la calle á hacer el sabueso.

Entre tanto M. Ehrenthal; con el sombrero encasquetado y las manos atrás, no cesaba de pasear por el escritorio, balanceando la cabeza como una figurilla de movimiento. En la pared de la habitacion se diseñaba su sombra, que tenia el verdadero aspecto de un gran fantasma negro que no tenia fuerza para sostener la cabeza sobre los hombros.

Mientras corria, Veitel entablaba en sus adentros el siguiente soliloquio: «¿Qué es lo que pasa? Sin duda se trata de un gran negocio, y me lo ocultan. Me envian á buscar á Pinkus. Recapitemos. Hace algunos dias que Pinkus vino á casa de Ehrenthal. Al dia siguiente, este fué al campo á encontrar al baron de Rothsattel. Luego es el baron el que está en juego. Ehrenthal quiere obsequiar á alguien con un vaso de vino, de seguro que no será á Pinkus. Es necesario que este obsequio se reserve para algun otro sugeto, porque al baron no le recibe en el despacho, antes al contrario le conduce á la sala de la felpa encarnada.

» Si Pinkus representa papel en el asunto, él es quien echa el anzuelo al coli-rojo.

» En cuanto al sugeto á quien aguarda esta noche, y que no se quiere que yo le vea, ese debe ser el cazador...

» Y Ehrenthal, ¿qué papel representa en todo esto? Esta tarde, cuando bajaba con el baron, he oido que le decia: — ¡Proceded con mucha cautela! — El viejo debe servir de *espantajo*.

» Si Ehrenthal desempeña este papel, es necesario que el negocio sea importante y delicado.»

Al llegar aqui en su monólogo, Veitel entró en su hospedaje y desempeñó su comision respecto del posadero, el cual corrió de la tienda á su cuarto para vestirse con mayor decencia.

Veitel emprendió de nuevo su carrera y prosiguió su monólogo:

«Si el pasante del consejero de justicia lleva las cartas al correo á las siete, y soy bastante dichoso para poder leer los sobres, economizaré los cinco escudos.

» Pero, añadió tristemente, eso no puede ser. Echa todas las cartas á la vez en el buzón, el oficial de la administracion de correos las recoge excesivamente pronto, y yo no podré saber lo que deseo.

» Pero sin embargo, tal vez conseguiré mi intento. El escribiente encargado de llevar la correspondencia al correo, es por lo regular un jóven, y tal vez conseguiré hacerme su amigo. Si no lo consigo de esta manera, echaré mano de otros medios. Conozco al pasante de un abogado á quien he hecho ganar algunos cuartos. Los pasantes todos se conocen. Si le doy dos escudos, él se arreglará de modo que obtendré la lista de las cartas de su camarada, y economizaré tres.»

Despues de haber adoptado esta resolucion, Veitel entró en casa de M. Horn, y aparentando aguardar á alguien, se volvió de manera que no perdía de vista el estudio del funcionario. Esto tenia lugar un rato antes de cerrar el despacho. Varias personas salieron del gabinete del célebre notario que tenia gran clientela. De pronto un jóven baja los escalones de cuatro en cuatro, y sale de la casa llevando un gran paquete de cartas. Al mismo tiempo Veitel, dando grandes zancadas, se pone en su seguimiento, y al volver la primera esquina, se encuentra cara á cara con el dependientillo. Lleva la mano al sombrero y dice:

— ¿Perteneceis por casualidad al estudio del consejero de justicia Horn?

— Sí, contestó el escribiente mostrando poco deseo de entretenerse.

— Soy forastero, y hace ya tres dias que estoy aguardando en mi pueblo una carta muy importante de M. Horn; cansado de esperar, he venido hoy para hablarle; tal vez en ese paquete de cartas que llevais al correo habrá alguna para mí.

El escribiente, mirando á su interlocutor con cierta desconfianza, le preguntó:

— ¿Cómo os llamais?

Veitel echó mano al bolsillo y sacó con presteza una pieza de ocho gros y dijo:

— Jóven, no exijo de vos ninguna cosa injusta; os ruego únicamente que me deis ver si entre esas cartas hay alguna para mí.

— Yo no puedo admitir vuestro dinero, contestó el



Los vinos de Burdeos. — Chateau-Haut-Brion.

escribiente con brevedad, y disponiéndose además á proseguir su camino. ¿Cómo os llamais pues?

— Bernardo Magdebourg, de Ostran, dijo Veitel al azar; pero la carta puede ir tambien á nombre de mi tio.

— No hay ninguna para vos, contestó el pasante despues de haber recorrido rápidamente los sobres.

Los ojos de Veitel estaban clavados en las cartas como si quisiera atravesar el papel con su mirada de fuego; pero le fué imposible seguir con la vista el movimiento rápido de la mano del pasante. Le arrebató pues las cartas, y mientras el curial irritado le cogia fuertemente por el lado opuesto gritando.

— ¿Qué es eso, caballero? ¿Cómo os atreveis á?...

Leyó con febril presteza las direcciones, devolvió las cartas con una flemma imperturbable, y llevando la mano al sombrero:

— Os doy gracias, le dijo, no hay nada para mí.

El pasante indignado quiso detenerle:

— Caballero, ¿cómo habeis podido tener esa imprudencia?

— No os detengais, el correo va á partir, dijo Veitel con benevolencia; vuelvo ahora mismo á casa de M. Horn.

Y volviéndose hácia el lado donde se hallaba la casa del notario, escapó de las manos del pasante, que pasmado al ver tanta desvergüenza, permaneció algunos momentos inmóvil con la boca abierta, corriendo luego á la administracion de correos para recuperar el tiempo perdido.

A pesar de su golpe de vista certero y de su prodigiosa memoria, Veitel no habia podido retener mas que algunas direcciones.

— Tal vez con esto habré ya ganado el ducado; en caso contrario nada se ha perdido.

Se deslizó lentamente á lo largo de las casas, y haciendo mil rodeos, llegó hasta el escritorio de su principal, deteniéndose á la puerta y aplicando el oido. El respetable Pinkus tenia la palabra, pero hablaba bajo, y Veitel pudo enterarse muy poco de la conversacion que sostenian en el interior.

De pronto el diapason de las voces subió hasta los atronadores gritos de cólera. Una violenta disputa tenia lugar entre los dos interlocutores.

— ¿Cómo os atreveis á exigir tan fuerte suma por este solo copretaje? gritaba Ehrenthal exasperado. He sufrido un engaño respecto á vos, os habia creído un hombre de confianza...

Pinkus le interrumpió:

— Yo soy hombre de confianza, pero necesito cuatro-

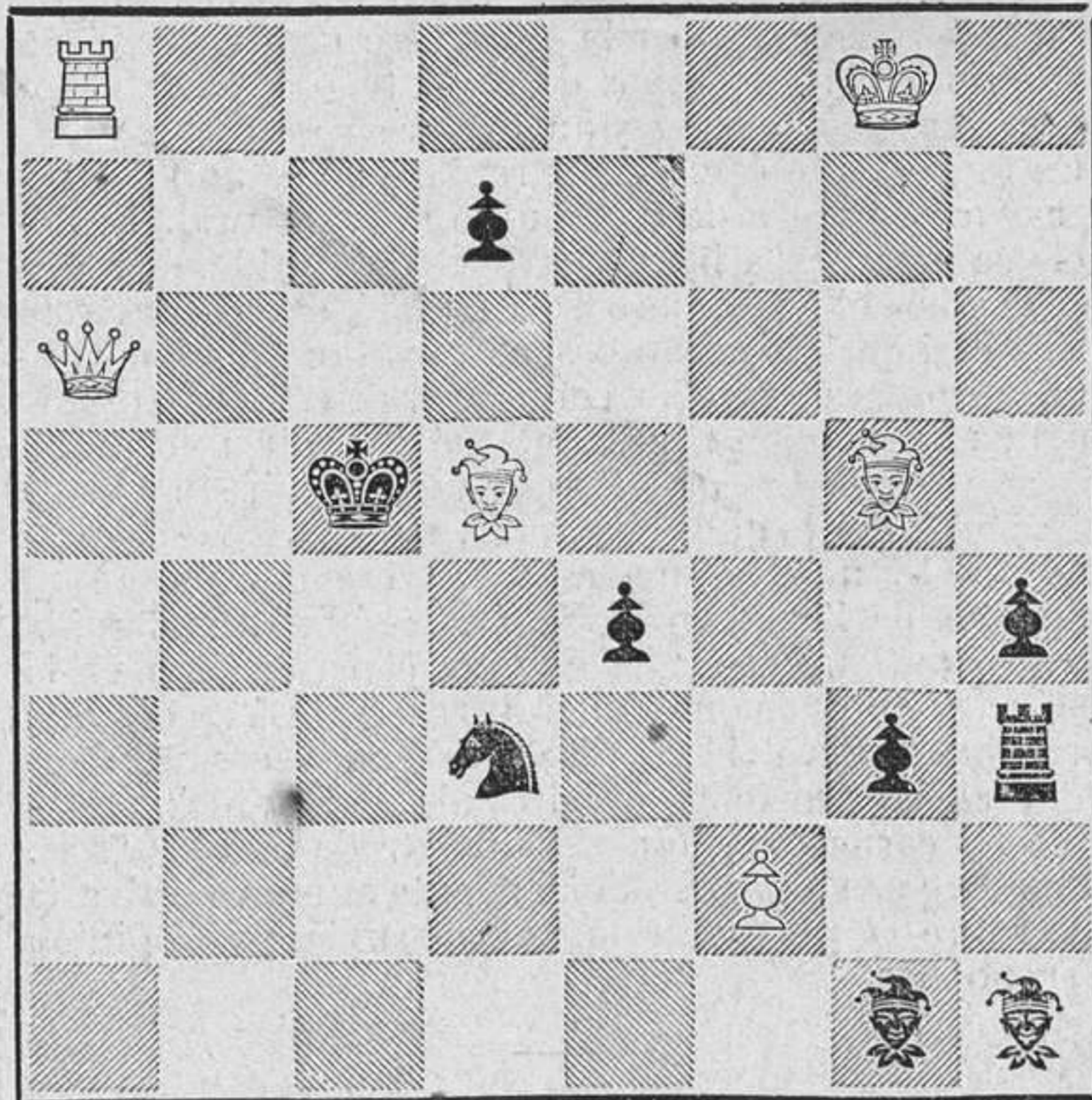
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 255.

- | | | |
|---|---------------|----------|
| 1 | C 4ª C | C toma C |
| 2 | T 1ª Rª jaque | C 4ª Rª |
| 3 | A 2ª Rª | Juegan. |
| 4 | A jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 256, POR M. S. PAVITT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Proplearios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografia de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

cientos escudos; de otro modo el negocio no se hará. — ¿Cómo podeis asegurar que el negocio no se hará? ¿Qué entendeis en todo esto? ¿Quién sois para impedirlo?

— Sé y entiendo lo bastante para poderme hacer entregar por el baron los cuatrocientos escudos. No tengo que hacer mas que ir á su encuentro y decirle lo que sé, dijo Pinkus gritando.

— Sois un miserable, un espia, exclamó Ehrenthal en el colmo del furor. Os desprecio como á un miserable gusarapo. ¿Sabeis á quién tratáis de ese modo? A mí, á mí es á quien tratáis de esa suerte, continuó enfureciéndose cada vez mas. Tengo en mi mano el hacerlos perder el crédito, y que se os conozca en el comercio como un hombre indigno de toda confianza.

— Y yo os haré conocer por el baron; él sabrá con qué clase de hombre trata, dijo á su vez Pinkus fuera de sí.

La puerta se abrió, y Veitel de un salto se ocultó debajo de la escalera. Pinkus, huyendo como un partho, dirigió á su adversario, clavado en el despacho, estas últimas palabras:

— Os guardaré la consideracion de concederos de tiempo hasta mañana por la mañana para reflexionar.

Veitel entró en seguida en el escritorio con la mayor calma, sin ser visto por su principal, que rugia como una fiera en su jaula. Al fin, calmándose un poco y hablando consigo mismo, dijo:

— ¡Buen Dios! ¿será posible que ese Lœbel sea un traidor? Si es así, estoy perdido; va á descubrir el pastel y me arruina.

— Arruinaros, ¿cómo? preguntó Veitel arrojando el sombrero sobre la mesa.

— ¿Qué venis á hacer aquí? ¿Qué habeis oido? preguntó Ehrenthal bruscamente.

— Lo he oido todo, contestó Veitel con sangre fria. Os habeis puesto los dos á gritar como energúmenos, de modo que todo se oia desde el vestibulo. ¿Por qué habeis hecho un misterio conmigo de ese negocio? Si me hubiérais indicado una sola palabra de lo que intentábais, yo me hubiera manejado de modo que Lœbel os hubiera servido por menos precio.

M. Ehrenthal miró fijamente á su atrevido interlocutor, y no pudo menos de proferir estas palabras:

— ¿Qué es lo que decís?

— Conozco á Pinkus, continuó Veitel resuelto á tomar una parte activa en el drama que se estaba representando. Si le dais cien escudos, venderá como hombre leal una buena hipoteca al señor baron.

(Se continuará.)